



UNIVERSIDAD  
IBEROAMERICANA  
TORREÓN

# EXTREMO SUR

ANDRÉS GUERRERO



# EXTREMO SUR

Andrés Guerrero



---

*Extremo sur* / Andrés Guerrero  
Torreón, Coahuila, México: Universidad Iberoamericana Torreón, Escuela  
Carlos Pereyra, 2019.

- Inmigrantes – Aspectos sociales – México.
- Tabasco – Emigración e inmigración.
- Migración – América Central.
- Voluntariado.

JV 7409 G83

---

ESCUELA CARLOS PEREYRA  
Armando Mercado Hernández  
*Rector*

Luis Alfonso Manrique Dueñas, SJ  
*Asesor espiritual*

Antonio Oseguera Maldonado, SJ  
*Asesor espiritual*

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN  
Guillermo Prieto Salinas, SJ  
*Rector*

Lorena Giacomán Arratía  
*Directora General Académica*

José Francisco Méndez Alcaraz, SJ  
*Director General Educativo*

*Edición:* Jaime Muñoz Vargas

Ilustración y caligrafía de la portada: Germán *Negro* Vachino

*Extremo sur*

©Formación Universitaria y Humanista de La Laguna, A.C. (Universidad Iberoamericana Torreón). Calzada Iberoamericana 2255. Ejido la Unión, Torreón, Coahuila. C.P. 27420 / Carlos Pereyra, A.C. Calzada San Ignacio de Loyola No. 250 Torreón, Coah. C.P. 27420.

Primera edición, Torreón, 2018

Segunda edición, Torreón, 2019

©Andrés Guerrero Herrera

ISBN: 978-607-98228-4-2

Impreso en México

## PRESENTACIÓN

¿Cómo se narra el dolor? ¿Cómo se narra la desgracia? ¿Cómo se narra la pobreza terminal? ¿Cómo se narra la tristeza sin orillas? ¿Cómo se narra el éxodo de la violencia a la violencia? A su todavía breve edad, Andrés Guerrero, estudiante de la Ibero Torreón, acometió este desafío en *Extremo sur* y lo hizo con una mezcla de esperanza y perplejidad cuyo resultado es un relato que por muchas razones nos cautiva.

La primera es la más visible en toda crónica digna de este nombre: la observación. Narrador agudo, Andrés sabe acumular situaciones salpicadas de detalles precisos y significativos. Como una cámara, registra todo lo que encuentra en el paneo y poco a poco, mediante su testimonio, nos adentramos en el mundo sofocante y carenciado del sur mexicano en el que conviven miles de destinos arrojados a la vida sin mayor arma que la fe en salir bien librados, cada uno, de su tragedia individual que más bien es una tragedia colectiva. Con los sentidos y la sensibilidad abiertos, el observador mira, oye, huele, toca, prueba y nos comparte una experiencia viva, terriblemente crítica.

Otro rasgo no menos importante de *Extremo sur* es el estilo. Con una prosa fluida, justa y no pocas veces impregnada de literatura, Andrés nos guía por un universo pleno de estímulos, el de los albergues mexicanos en los que muchos migrantes restauran sus precarias fuerzas para luego continuar sus viajes

por los anchos y ajenos caminos de la incertidumbre que recomienza sobre el traca-traca de La Bestia.

Por último, lo fundamental: el tratamiento humano de lo experimentado. Pese a la dificultad que implica contar el dolor por el riesgo de incurrir en el lloriqueo o el panfletarismo, Andrés oscila entre la distancia que le permite su condición de trabajador voluntario y el involucramiento al que sin remedio lo arrastran las tragedias que desfilan frente a su mirada. Como se sabe, mucho más que la felicidad, el pesar es casi inefable, así que la palabra se erige apenas como pálida representación, como sucesión de símbolos que desea reconstruir la realidad sin lograrlo cabalmente. Pese a esto, la palabra, el relato, es la mayor parte de las veces lo único que tenemos a la mano para transmitir a los demás el sabor y el olor de lo vivido. Y si la mayor parte de los seres humanos que viven a contracorriente en el extremo sur no tienen el privilegio de contar con una voz, si son invisibles y casi nadie los oye, es fundamental la palabra que se articula para consignar, en este caso mediante la crónica, los hechos. Quienes, como Andrés Guerrero, han convivido con migrantes y además saben articular su experiencia con el arma de la escritura, son como linternas que nos ayudan a iluminar zonas poco exploradas por quienes milagrosamente no padecemos infiernos similares.

Tales son algunos de los méritos de *Extremo sur*, entrañable crónica de un viaje al centro de la desdicha cuyas páginas debemos, sí o sí, a partir de este momento, atravesar.

JAIME MUÑOZ VARGAS

COMARCA LAGUNERA, NOVIEMBRE DE 2018

*para los corazones y  
las manos de los hombres  
que vienen con el polvo  
y se van con el viento*

*Rage, rage against the dying of the light.*

DYLAN THOMAS

*The revolution will put you in the driver's seat.*

GIL SCOTT-HERON

*...eso es lo que siento yo en este instante fecundo.*

VIOLETA PARRA



# **PRIMERA PARTE**



**D**ejé de ser niño en una de las ciudades más peligrosas del mundo. Eran finales del 2007 y en México se acababa de declarar la guerra contra el narco. Ahí estoy yo: tengo once o doce años, llevo rato sentado en el asiento trasero del auto. Vamos por la carretera federal 40. Va de Mazatlán a Reynosa, pero nosotros estamos en algún punto del desierto de Durango, rumbo a Torreón. Estoy atento a la conversación de mis padres. Tratan de hablar en voz baja, pero yo estoy en silencio y han creído que estoy dormido. Dicen que en Torreón han secuestrado, balaceado, desaparecido. Y meses después: violado, ahorcado, decapitado, quemado. En la ciudad donde vivo. Ahí estoy yo: atravesado por una bala fría, un silencio desesperado, la sombra de la muerte.

Algo le hace a tu espíritu vivir en el mismo espacio donde cuelgan cuerpos y masacran bares. Y aunque yo haya tenido el privilegio de no ser un halcón o un sicario, de poder ir a una preparatoria y poder enamorarme e ir a fiestas en fraccionamientos residenciales, y poder, a trompicones y protegido por guardias privados, llevar una adolescencia más o menos normal, había dentro de mí una ansiedad que me hacía tener escalofríos cada que veía un convoy armado o que me hacía temblar cada que discutíamos la narcoviolencia (*más levantados, más ejecutados: es mi familiar, era un conocido*) en alguna de mis clases de preparatoria.

Estaba el miedo a no regresar a casa, y después de la Quinta Italia Inn, el bar Juanas y el Ferrie, el miedo a la masacre. Luego las narcomantas: que van a balacear las escuelas. Luego el contacto directo: la balacera en el estadio Corona, las noches donde se escuchaban las ráfagas de balas... Recuerdo una fiesta en Torreón Jardín. Estaba afuera del lugar con unos amigos, recargado en el capó de un auto, cuando veo que un coche sin placas pasa con parsimonia justo frente a nosotros. El conductor lleva un pasamontañas y el copiloto apenas se lo está poniendo. Recuerdo que me miró y yo me quedé helado. Recuerdo que no pensé en nada. Toda mi realidad se había reducido a la relación que había entre ese hombre encapuchado y yo. El auto nunca se detuvo. A unos metros, en la esquina de la calle, había más amigos míos, quienes corrieron al primer contacto. Después de eso la fiesta siguió como si nada. Pero el mundo se derrumbaba a nuestro alrededor.

Luego vino la ira. Por algo estaban las cosas así. Había un culpable. Había una estructura que favorecía la muerte, que le daba forma a nuestra terrible realidad. Pronto lo tuvimos claro: había que pelear en ése terreno y tendríamos de vuelta la paz. En la escuela nos lo confirmaron. Dijeron que nosotros íbamos a *transformar esa realidad*. Desfilaban por nuestras aulas ideas grandiosas, futuros brillantes; acordes luminosos flotaban sobre las ráfagas de balas. De eso estábamos hechos entonces, éramos muchachos dispuestos a meternos al fuego. Muchachos que nos reíamos de todo. Muchachos convencidos de que haríamos lo mejor. Muchachos con una fe bendita a pesar de que habíamos visto el fracaso. Lo vimos afuera:

impreso en los periódicos, inclemente en nuestras pantallas, en el ritmo tormentoso de los noticiarios, en el paisaje gris y desolador de nuestras ciudades vistas desde el último piso del edificio al fondo de la calle. Lo vimos dentro: en esas angustiosas tardes donde la única idea correcta parece ser guardarse en cama mientras el mundo va quedando inservible, como un pastel bajo la lluvia.

¿Qué van a hacer ustedes por el mundo? *¡Es su responsabilidad hacer todo para cambiarlo!*, nos dijeron aquellos que lo habían arruinado. Pero nosotros estábamos locos y les creímos. Si podemos hacer cualquier cosa para cambiarlo, entonces elegiremos no ser como ustedes. Ustedes nos aburren, ustedes son el horror.

Nosotros sentíamos la victoria segura, no seguíamos el consejo de nadie y no teníamos nada más que nuestra voluntad y nuestra juventud. Teniendo eso, teníamos todo. Estábamos enamorados de nuestras amigas y de nuestras intenciones. Pensábamos en un mundo nuevo, un mundo en el que nosotros no teníamos la culpa de nada.

Nos emborrachábamos y planeábamos la revolución. Bailábamos y nos reíamos de los dormidos. Nos sentíamos solos y nos besábamos para sentir cómo chocaban nuestros dientes. Algunos cantaban, otros miraban todo en silencio, sonrientes, viendo las nubes de México enmarcadas en los atardeceres laguneros.

Pisábamos a los monstruos del universo y aplaudíamos.

Escribimos manifiestos, dimos clases, salimos a marchar y sostuvimos carteles con cursilerías. Leímos a trompicones a Thoreau y a Nietzsche. Y a Foucault. De nuestros ojos, de

todas formas, salían llamas. Nos metimos a los barrios a leer poesía y nadie nos hizo caso. Hasta fuimos a la iglesia para creer que teníamos a Dios de nuestro lado. Fuimos a orfanatos a consolar huérfanos, a hablar de esperanza en pabellones de moribundos. Le arrancábamos un pedazo de luz hasta a las piedras.

Ah, y todos queríamos ir al sur.

El sur como el paraíso perdido. El sur como el origen. El sur como la tierra de los viejos. El sur como la tierra a la que entraríamos suavemente.

Luego nos dijeron que siempre estuvimos equivocados, que así no eran las cosas. Nos decían que nos olvidáramos de eso. Que no valía la pena. Que creciéramos. Que dejáramos de ser tan estúpidos, tan inocentes. Que el mundo no tiene remedio. Que el mundo nos iba a destruir.

Pero yo no pude olvidarme de eso. No me hubiera perdonado traicionarme. Todo había sido demasiado hermoso y yo quedé arruinado para siempre.

## II

Después de las elecciones del 2012 mi generación se quedó esperando la gran movilización, *el gran desmadre*. Hasta donde topara, decíamos, un poco en broma, pero también un poco en serio. Le dimos seguimiento a todo lo que sucedió después; descontento, derrota, indignación; las palabras que repetimos los mexicanos (sí, cientos de miles de mexicanos, pero no todos los mexicanos) convencidos de que nos hundíamos en un abismo. Sentíamos, desde nuestra ciudad desértica, balaceada, sangrante, norteña, que vendría algo gran-

de. Salimos a los pueblos perdidos entre Torreón y Saltillo a hablar con la gente, a llevar despensas, a jugar con los niños. Mirábamos esos pueblos y veíamos el olvido. Esas personas, esos hombres y mujeres que parecían tan viejos como el país, olvidados. ¿Por qué habrían de olvidarlos? ¿No se daban cuenta, de verdad no se daban cuenta? Tenemos ése mundo frente a nosotros, un mundo en el que predomina el sufrimiento. México se había vuelto un laberinto de espejos recorrido por una mujer que no puede calmarse. Nos remitíamos a la historia moderna (concretamente a los magonistas, los huelguistas de Sonora, la Revolución, los cristeros muertos en occidente, las feministas por el voto, el 68, la guerra sucia, el fraude del 88, la guerrilla zapatista, los disturbios por las flores de Atenco, las marchas por la paz en medio de las balas, los cadáveres de mujeres en el norte de México, y los cientos de hombres y mujeres de mi generación, con los puños en alto, obligando al candidato presidencial a encerrarse en un baño) y nos costaba creer que nos habíamos resignado. Decidimos que nosotros no íbamos a olvidarlos, los señalaríamos con el dedo y les gritaríamos en la cara: ¡aquí están! Veía una gigantesca deuda ahí. Había que cobrarla.

Pronto fue para nosotros muy claro: había que estar ahí, donde nadie quiere estar: dentro del laberinto.

### III

Nos hicimos parte del cuerpo de voluntarios de la Compañía de Jesús en México. Después de un proceso de selección, nos citaron en Cuernavaca. Los voluntarios jesuitas de todo el país nos conocimos en un ambiente efervescente y franca-

mente romántico que creó relaciones que ninguno olvidará jamás. Porque nada hermana más que el absoluto convencimiento de que pronto vendrá el dolor. Y nosotros sentíamos venir aquello de la misma manera en la que algunos animales presienten las tormentas o los terremotos. Como dijo el poeta: *O la escuchas o no la escuchas, y yo la escuché y casi me eché a llorar: un sonido terrible, nacido en el aire y en el mar.*

Unos días después del encuentro en Cuernavaca me dijeron que nos recibirían a mí y a una compañera en el sureste mexicano. Mi jefe, un hombre pragmático, mandó un mail con redacción pulcra en el que me informaba que se había abierto un nuevo proyecto en el sureste mexicano. Ese momento se ha vuelto un amuleto para mí: siento cosquillas en el pecho y quiero esconder inútilmente una risita que converge con el miedo, la alegría y la incertidumbre. Leo el correo de un jalón, lo leo de nuevo, más lento. Ahora sólo repaso lo importante. Me quedo en la silla en silencio, toda mi casa está en silencio, pero en mi mente hay un viejo moreno con un sombrero de paja. Una camioneta sucia con manchas sospechosas. La caja de una camioneta llena de machetes oxidados. Un río al que las bolsas negras se van a morir. Mi libreta llena de lodo. Una iglesia vieja, con la pintura cayéndose a pedazos. Una mujer dentro de esa iglesia. Un sacerdote enojado conmigo. Un sacerdote con el brazo lleno de cicatrices y tatuajes. Una central de camiones llena de matones. Un reloj de oro en un brazo que tiene una mano que sostiene un revólver. Decenas de hermosas mujeres periodistas con la piel enrojecida por el sol. Lonas pintadas con frases comu-

nistas. Los ojos de Emiliano Zapata viéndome en medio de una multitud que se enfrenta a muerte contra el ejército. Un jardín lleno de cempasúchil. Un panteón en el día de muertos. Miles de velas y mujeres en procesión sobre las lápidas.

Se celebraría el encuentro anual del Colectivo Mexicano en Defensa de los Ríos, en un pueblo cercano a Córdoba, Veracruz: Amatlán de los Reyes. Camiones de Jalisco, Nayarit, Michoacán, Puebla, Veracruz, Oaxaca, Chiapas, de pueblos regados entre el Estado de México y la ciudad de México, de Quintana Roo, de Yucatán y un pequeño grupo de Guatemala. Ese era mi destino.

#### IV

La humedad del lugar era una telaraña invisible. El calor azotaba como si hubieses sido lamido por el sol, como si el sol te mordiera con la boca mojada. Después de bajar del camión, inmediatamente comencé a sudar. Había hablado con los organizadores del encuentro en Amatlán de los Reyes, y habían quedado de enviar a alguien a recogernos en la central. Nos reconoció de inmediato. Él llevaba un pantalón de mezclilla, una camisa verde y unas botas negras que le daban un aire temerario, a pesar de su corta estatura.

—¿Ustedes son los muchachos?

—Sí. ¿Qué tal, don? ¿Lleva rato esperando?

—No. Vamos yéndonos.

Nos fuimos en una camioneta todo terreno. Antonio, era su nombre: *Toño*. Después de una acalorada conversación sobre sus problemas y algunos insultos al gobierno nacional, agarramos carretera. El Pico de Orizaba corona el horizonte,

tapizado de matas de caña. Volteo hacia el frente y veo la torre amarilla de una iglesia. Toño me la señala. Ahí vamos, dice, y baja la velocidad al cruzar un puente que parece dividir la autopista federal del desgastado camino que lleva al pueblo. Pronto entramos al primer cuadro del lugar. En una calle ancha al lado de la plaza empiezan a colocar un templete y una gigantesca carpa de plástico. Nos detenemos frente a una fonda donde una mujer golpea rápidamente la masa de maíz, dándole forma hasta lograr ya sea una tortilla, una memela, una empanada o un huarache. No cabe duda, estamos en Amatlán de los Reyes.

Cuatro personas nos esperan para comer. Una, la más vieja, nos pregunta quiénes somos. Imaginé que era la abeja reina del pueblo.

—Soy Andrés, y vengo a hacer voluntariado en su organización —mascullé.

—Pues muy bien, Andrés; yo me llamo Modesta. Pásale adentro. Es tu casa, ¿no quieres café?

Después de habernos instalado, salimos de casa de Modesta y fuimos a caminar por los campos cercanos. La sensualidad del paisaje es abrumadora. Todo es verde, todo da vida, produce vida. Llegamos a un lago y nos invitan a entrar; el agua es fresca y turbia. No lo pienso dos veces. Con el calor que hacía bastaban unas horas de caminata, de regreso al pueblo, para secarnos. Algunos nos metemos a refrescarnos; otros, se sentaron bajo la sombra de un árbol, todo en silencio.

Camino a casa de Modesta, mi casa temporal, nos topamos con el padre.

—Qué tal padre, soy Andrés, del Voluntariado.

—Un gusto, Andrés, yo soy Julián. Bienvenido a Amatlán de los Reyes... ya mañana empieza todo el movimiento.

—Sí, ¿ya tienen todo listo?

—Ya, ya afinamos todos los detalles. Lo planeamos más bien festivo. Esta gente se lo merece.

—¿Por qué dice?

—Esta gente está todo el día trabajando... de arriba para abajo. Han sido meses difíciles desde que llegó el proyecto ése.

El proyecto ése: una planta hidroeléctrica justo al lado del pueblo. Me muestran unos folletos del proyecto. Los habían repartido durante la misa del domingo.

—¿Y por qué se oponen?

—Esa gente viene y se siente dueña de todo. No pregunta, no habla. Se vienen a imponer. Viene a meterse en los terrenos, a tomar muestras, a poner marcas. Nosotros no soportamos eso. ¿O usted soportaría que se metieran así a su casa? Preguntamos en otros lados, a otras gentes que habían tenido algo así en su comunidad. Nos dijeron que era pura desgracia. Por eso nos oponemos. Mañana ya verá. Así entenderá mejor.

## V

Los vi marchar por las calles empedradas desde mi ventana.

Traen su machete, su sombrero y botas llenas de tizne.

Son miembros del Frente Amplio Popular Ambientalista. Son campesinos de todos los pueblos cercanos. Los dueños de las chozas de madera. Son ellos. Los padres o tal vez

abuelos de las niñas que uno ve en los anuncios del gobierno federal, son ellos. Los rodea una templanza triste, milenaria, caminan con ella, duermen con ella, cantan con ella.

Antes de la inauguración marchamos hacia un plantón que se instaló en las inmediaciones de un camino ejidal. Detectaron maquinaria extraña realizando obras en sus tierras, en su agua. De alguna forma, en su vida. Comienzo a entender al padre.

Sucede que la industria, amén del capitalismo más salvaje, busca estos ríos para procesos que implican miles de litros de agua. Procesos que secan, que contaminan, que despojan de agua a esta gente.

Miré a los niños presentes en el plantón, probablemente no sabían leer pero eso no importaba y ya sostenían carteles con denuncias: “El agua es vida, no me mates”. Los veo y la sangre me calienta los pies. La realidad es que ellos sólo se divierten. No tienen idea de lo que significa lo que están haciendo. Espero que pronto tengan alguna otra forma de divertirse.

—No hay de otra, hay que entrarle a los madrazos —dice Toño, que también veía a los niños.

Así se construye la autonomía: poniendo caminos donde sólo había maleza, poniendo palabras donde no las hay, cortando lo que no sirve para que al menos sirva de abono. Y eso sucedía ahí. Todos cooperaban: ya sea con sillas, para aguantar la jornada de protesta, con agua de sabor, guisando, pasando los platos, acomodando las sillas. No falta quién preste transporte, no falta quién ponga un par de burros para colgarles letreros con los nombres de sus gobernantes. Los

que gritan consignas, los que las escriben en un papel, los que rezan.

Vengan por acá, nos dijeron. Destraban una desgastada valla de madera y nos hicieron pasar al patio de una casa, con los dirigentes del movimiento. Estaban sentados y hablaban entre ellos. Nos presentaron como los voluntarios, y de inmediato nos pusieron al tanto.

—Antier el gobernador vino a plantarse acá, llegó un helicóptero y se estacionó hasta por allá. Patrullas, patrullas y soldados, todos encapuchaos. Cuando llegó, todos se abrieron, todos los soldados, vaya. Iba él solito con sus guaruras. ¡Ah, pero la gente no se aguantó! ¡Ya mero lo encueran! No, no, acabó mal, muy mal —contó Nicanor.

—Sí, hombre, yo pienso, así entre mí, que estuvo peor que hiciéramos eso, nos van a tachar de desmadrosos. ¡Si de por sí somos! —agregó Vicente.

—Oigan, y, ¿desde cuándo están en protesta? —pregunté.

—Tenemos cerca de los siete meses, ¿no? —lanzó Vicente.

Todos asintieron.

—¿Quién promueve el proyecto?

—Pues verá usted, es una empresa que salió de la nada... Manantial del Sureste, SAPI, se llama. No sabemos mucho de ella, nomás que tienen harto dinero y quieren ponerse a huevo aquí. Su gente viene, trata de sobornar a los ejidatarios con dinero o amedrantando. Aquí a la señora de don Alfonso esos hombres le dijeron que si quería quedarse viuda.

—Llegaron un día —dijo Alfonso, tomando su sombrero y poniéndolo en su pecho— a preguntar por mí a mi casa. Yo me había ido pal campo, a arriar mis vaquitas. Allá en

la casa nomás estaba mi señora. Y bueno, pues que le dicen que vendamos nuestras tierras y que esto y que lo otro. Que la obra que traen es buena, que nos van a comprar cara la tierra, que le van a dar trabajo bien pagado a nuestros nietos, que van a poner una casa para atender a los viejitos, vaya, que al fin van a traer el progreso. Pero pos eso ya nadie se los cree. Mi señora les dijo que no y que no. Es brava la canija. Si viera... Y bueno, pos que le preguntan por mí. Y su señor, dónde anda, dijeron los canijos. Y ella les dice que yo andaba ocupado, que iba a volver hasta más tarde. Pos no le dijeron los jijos de la chingada que qué haría ella si se quedara viuda, que si así sí vendía. Se lo dijeron así, con esa pinche voz malosa que tienen ellos. Mi señora no aguantó sus chingaderas y los mandó a la chingada, que nomás los viera otra vez por el pueblo y pa su chinga, les dijo. Pero pos no deja de ser mi chamaca, pa pronto me mandó buscar. De eso no tiene mucho... ahora nos andamos con cuidado. Hasta metimos denuncia ahí en la comisaría, pero nos dijeron puras farsas. Por eso ando aquí metido, porque el gobierno no vale madres y tenemos que andar cuidándonos nosotros solos. ¿Si no, quién?

—¿Qué les dice el gobierno? —pregunté.

—Usted sabe, Andrés, que el gobierno se pone con quien tenga el billete. Y nosotros no lo tenemos —dijo Nicanor.

—¿Y a ustedes quién les apoya? —volví a preguntar. Contigua a las lonas donde nos refugiábamos del sol, había una cocina improvisada, varias señoras preparaban arroz y frijoles para todos en unas ollas colocadas sobre brasas. No podían faltar las tortillas y el agua fresca. Sonrientes, a pesar

de todo. A pesar de cocinar sobre un piso de tierra, de que las brasas antes fueran sus muebles viejos, del intenso calor, de dejar de cocinar para sus familias exclusivamente. A pesar de todo eso, sonreían.

—Pues entre todos nos cooperamos, yo traigo azúcar: trabajo la caña. Algunos el frijol, otros el arroz. Esta lucha es de todos: la comida también. También han venido gentes de Chiapas, de Veracruz, del Distrito Federal a compartimos, de Córdoba a veces los estudiantes nos traen comida, pero no siempre. Varía.

—¿De qué depende? —pregunté.

—Pues no sé, namás de ellos, creo.

Bajo el calor y la humedad del lugar las horas se alargan demasiado. Además los mosquitos hacen una marea negra que llena los brazos de ardor y comezón. Y luego la sed. Un señor me pasa una botella de agua. Cuesta ocho pesos. Aquí me la regalaron.

Ya está lista la comida, empiezan a pasar los platos calientes. Las jarras con agua van en espiral, en líneas rectas, trepidantes y oscilantes. El arroz, succulento; los frijoles, justos. Cada quien lava su plato y no falta quién se queje. Pero aquí no cabe eso. Pronto ceden. Son las tres de la tarde y no se ve la hora para que el sol deje de fustigar. Todo parece en calma. Hasta da tiempo para jugar baraja, para correr con los niños. Aparece un camión que causa alerta nada más: va a tirar escombros. Nada de qué preocuparse. Un vientecillo empieza a soplar, a alguno que otro se le vuela el sombrero. Risas, el viento mueve las ramas y mueve las hojas, que caen al río. El río las mueve, se las lleva consigo.

Son más de las cinco de la tarde y después de haber tomado muchas fotos y video, regresamos a la cabecera municipal. Viajamos apretados todos en un coche rojo. Yo viajaba en el equivalente a la cajuela. Silencioso, en contraste con la música de banda que atronaba desde el estéreo.

—¿Te comió la lengua el ratón o qué, Andrés? —me preguntaron.

—No —reí.

Rompí el silencio.

—Es que esa música que ponen no me permite pensar en orden —dije.

—No piense, no piense, hombre, nomás diga.

Después nos llamamos todos. Lo único que seguía era la música, que ya en verdad no me permitía pensar con orden.

## VI

Los que íbamos en el auto nos perdimos. Recorrimos varios pueblos, pero ninguno tenía esa iglesia amarilla inconfundible de Amatlán de los Reyes. Daba la casualidad de que ninguno de los que íbamos en el coche éramos de por ahí: era el carro de los periodistas y los voluntarios. El conductor, un tapatío marxista, se mostraba sereno.

—Me voy a seguir derecho. Ha de llevar a la autopista. Ahí ya me ubico. Acuérdense que no andamos perdidos, andamos conociendo.

No había ni una sola persona. Entre las fincas de papayas había diminutas construcciones, nada más. No había señal de teléfono. Y ahora qué, pensé. Pero el camino seguía, si estaba ahí, era por algo. Avanzamos derecho y ante mi perpleji-

dad, encontramos la autopista. Llegaríamos a Amatlán de los Reyes. A pesar de que no había ningún letrero que indicara algo sobre el pueblo, nos metimos en la salida correcta. El pavimento nuevo de la carretera fue sustituido por una pobre carpeta de asfalto llena de baches y piedras que hacían crujir las llantas: era la calle que llevaba a la plaza de Amatlán de los Reyes.

En una casa, que parecía haber estado siempre ahí, vi un solitario grafiti. Decía:

LA PERRA

POLICÍA

Y, como en un macabro acto de magia, al cruzar la calle principal del pueblo, volviendo a la plaza, en frente de la iglesia amarilla (donde estaba la casa de Modesta, donde estaban mis cosas, donde había tomado café y pan dulce y había dormido), unas patrullas. La Perra Policía.

Paramos el carro, metiéndonos entre las patrullas, justo enfrente de casa de Modesta. Amarrada de un lado a un poste de luz y de otro lado a un árbol, una línea policial amarilla no permitía el paso a la calle perpendicular a la nuestra. Un oficial, con un subfusil Uzi con la culata extendida, nos decía que nos apartáramos, que había problemas. Atravesando la línea, otro oficial, con un M16 maltratado, sacaba a culatazos a tres tipos de un taxi. Llegaron dos oficiales más, ahora estaban en igualdad de fuerzas. Los tipos levantaron las manos en señal de rendición. Los esposaron, les taparon los rostros con sus camisas, y tomándolos con violencia de la nuca, los llevaron caminando a la comisaría. Todos mirá-

bamos —algunos con horror, algunos con morbo, algunos con tristeza, algunos enojados— cómo cruzaban por la plaza, único obstáculo entre ellos y los separos de la policía local. Tomé varias fotos. No tenía idea de qué estaba pasando. La plaza era un desastre. Reconocí en la multitud el rostro de Salma, quien había estado en el plantón. Era parte del Frente Popular Ambientalista. Tenía la cara roja y sus ojos negros, negros, negros, estaban llenos de lágrimas. Corrí a preguntar.

—¿Qué pasó, Salma?

—Mataron a Noé.

## VII

Saúl despierta y estira los dedos de los pies. Le crujen los huesos. Pone ambos pies en el suelo sucio de su casa. Una capa de tierra recubre los azulejos viejos. Su madre todavía no ha podido barrer. Está decidida a hacerlo hoy, pero más tarde. Apenas el sol brilla detrás de las montañas. Apenas las primeras luces aparecen tímidamente. Algunas casas centellean desde dentro, la luz en el corazón de la cocina.

Saúl está a punto de terminar sus vacaciones y desde hace una semana ha decidido combatir el tedio. No más horas frente a la televisión. No más miradas fijas en el techo de lámina, tratando de encontrar figuras interesantes. No más siestas de tres horas. Por eso está despierto tan temprano, coincidiendo con su padre a la hora del desayuno. Su madre está de pie en la cocina. Aún lleva la pijama: un camisón blanco, deslavado, casi transparente, con un par de hoyuelos en la espalda. Su padre está sentado en la mesa de madera de su cocina. Lleva el uniforme de la compañía de electricidad,

donde trabaja como técnico. Le agrada bastante su trabajo; le permite conocer bien la zona, además de ejercer, a diferencia de todos sus demás hermanos, el oficio que estudió: técnico electricista. La paga no es mala, pero tampoco permite a su esposa, Margarita, descansar. Ella atiende una pequeña tienda en el pórtico de su casa. Entre los escasos (pero fieles) clientes que llegan, entre los proveedores, entre el cuidado de su segunda hija de tres años, los pagos de la nueva sala que acaban de comprar, las juntas del grupo de Adoración Nocturna en la parroquia local y demás actividades de la iglesia, y —ella no se olvida de esto— las películas americanas que transmiten en la televisión, ha dejado que el polvo se acumule en la casa. Hoy tiene tiempo para cambiar eso, pero antes, debe alimentar a los dos hombres de la casa. Raúl, su esposo, le pide más tortillas. Después del desayuno ella tendrá que llevar a su madre a cobrar el dinero de su pensión. La otorgan cada mes en el salón público, justo afuera de la plaza, a lado de la iglesia amarilla de Amatlán de los Reyes. Margarita, de sólo pensar en ello, se fastidia. Inmediatamente piensa en las largas filas de ancianos, en el calor del salón y en los policías que custodian el pago. Siempre que toca, llega un camión de valores, blindado y gris, seguido por unas patrullas de la policía municipal. Ella siempre llega antes de que ellos, pues suelen ser muy impuntuales y ella procura estar al inicio de la fila para irse cuanto antes. Cuando los ve llegar, no puede evitar mirar sus rifles, sus rifles gastados y sin brillo, y luego mirar a otro lado: a las torres de la iglesia, al techo del salón (las palomas hacen sus nidos entre las vigas) o al rostro de su madre. No es mucho el dinero que le dan, pero le sirve para

comprar medicinas y darles domingo a sus nietos. El dinero, ay, el dinero, solía pensar Margarita.

Margarita recuerda de su juventud en la casa de su madre el tocador de su cuarto lleno de frascos de perfume. Recuerda a su madre entrar y tomar uno de sus perfumes y rociar sus muñecas para luego pasarlas por su cuello. Margarita se ha topado con ese olor varias veces: cuando pasó por la casa de una vecina; cuando, en un día de campo con su marido —cuando recién era su marido— él cortó una flor; cuando viajó a Boca del Río y una vendedora le pasó un papelito rociado de perfume en una tienda departamental, y cuando, en un camión, una muchacha recién bañada se sentó junto a ella. Todas las veces pensó en su madre, en sus muñecas con gotitas de perfume. A veces, sólo a veces, cuando los gastos de la semana no han sido abrumadores, su madre le compra un perfume a la vendedora que toca su puerta.

Saúl se sirve una taza de café (siempre tienen café listo en una olla verde de peltre) y se come un pambazo. Se llena de harina las comisuras de los labios, y Margarita, su madre, le pasa de inmediato unas servilletas. Su casa puede estar sucia, pero nunca sus hijos. Raúl se levanta de su silla y se despide. Va a su dormitorio y asoma la cabeza en una cuna. Bianca duerme, tiene las mejillas rojas y húmedas por el calor. Le da un beso justo ahí, en la mejilla. El sudor de Bianca está salado. Raúl parte satisfecho de su hogar, rumbo al trabajo.

En la cocina, Margarita le prepara otro pambazo a Saúl, pero no se lo comerá ahí. El pambazo es lonche para la excursión que Saúl hará al monte, con Noé, su profesor de pintura y artesanía. Saúl estuvo tomando clases de arte con él

durante el verano. Debajo de su cama guarda un par de óleos, los que estuvo trabajando en su taller las últimas cuatro semanas. Noé es un buen profesor, es muy paciente y muy bromista. A veces se va y regresa con un tepache frío para Saúl, y se ponen a descansar un rato de la pintura.

Noé no suele ir a la iglesia, pero un día que iba caminando afuera del curato, vio un cartel: el X Encuentro del Colectivo Mexicano en Defensa de los Ríos se celebraría en Amatlán de los Reyes. Noé sabía que alguien quería represar el río que corría sólo a unos metros de su casa, lo había leído en el periódico local, pero no sabía que fuera así de serio, como para traer un evento nacional a su pobre pueblo. A Noé le entusiasmó la idea, pues sabía que con el evento vendrían todo tipo de personas: periodistas, activistas, campesinos, y si están metidos en ese tipo de cosas, casi siempre están metidos (o dicen que están metidos, o al menos que les gusta) en el arte. Y más el arte indígena; los cuadros de Diego Rivera, los tocados de colores, los vestidos morados, rosas, azules, verdes, las pulseritas que él hacía. Se imaginó dando la bienvenida al evento en un ritual indígena, elevando incienso al cielo. Mientras más reposaba la idea en su cabeza, más sensata le parecía.

Saúl estaba seguro de que en el taller de pintura de Noé no se aburriría, pues Noé solía jugar fútbol con sus amigos mayores, y les pagaba las cervezas cuando terminaban los partidos. Su madre veía a Noé con malos ojos. Los artesanos suelen andar en malos pasos, metidos en negocios sucios, pensaba siempre que su hijo regresaba oliendo a pintura, pero feliz y en silencio, del taller de Noé. Ahí Saúl probó por primera vez el alcohol. Una botella de mezcal sin etiqueta

que Noé guardaba en un librero de madera pelada recargado en una pared de su estudio. Noé le había repetido en diversas ocasiones que esa botellita se la traía un viejo desde Guerrero, que allá lo hacían y se lo traía en bidones de gasolina, pero a él sólo le convidaban una botellita. Según Noé, aquel viejo tomaba todas las noches una copita de mezcal para mantenerse fuerte. Saúl, emocionado por el relato, pensó, por qué no, y aprovechó una salida de Noé para empinarse rápidamente la botella. Muecas, garganta caliente. Esto no es mezcal, esto es gasolina nomás, pensó Saúl. Cerró la botella y la acomodó donde según él había estado hasta que la movió. Noé regresó y no se dio cuenta de nada.

Noé lo haría: habló con los organizadores del evento y acordó con ellos dar una ceremonia de bienvenida.

—Para que la gente vea que en nuestro pueblo se ama a la naturaleza —les dijo.

Noé le dijo a Saúl lo que harían y lo que necesitaban; iba a necesitar su ayuda para preparar la bienvenida.

—Igual y tenemos que ir al cerro a recoger cosas, chavito, ¿sí te dejan? —le dijo a Saúl.

Por eso Saúl estaba esperando a Noé afuera de su casa con una bolsa llena de pambazos y refrescos.

La noche anterior Noé había escrito, sentado en una silla de plástico, con la ventana de su cuarto abierta, lo que diría en la ceremonia:

*Antes de que se divisaran las carabelas españolas, Amatlán de los Reyes era una aldea con escasas casitas al borde de un río. Su cultura agrícola se apoyaba en la mitología. Se creía en dioses que favorecían con las lluvias, que*

*miraban las necesidades de los pueblos, por diminutos que fueran, y si era grande su fervor, ellos los complacían, haciendo descender del cielo el agua para producir buena cosecha y abastecer los ríos, lagos y lagunas. Este Dios fue la primera noción de Tláloc, El Dios del agua, representado por el color azul, con el que se decoraban los templos, con el que los sacerdotes encomendados a él pintaban sus rostros. Los sacerdotes usaban:*

*Anteojeras formadas por serpientes.*

*Una especie de bigotera como labio superior.*

*La cara pintada de azul y verde, como las aguas de los mares y los ríos.*

*En su mano un báculo que representa los relámpagos y truenos, que acompañan como jaguares a las lluvias y tormentas.*

*En sus vestidos pintados, gotas de pintura, cual gotas de agua.*

*Tláloc fue de los dioses más adorados e importantes en México y no era para menos, pues Él nos brinda el agua. Tláloc estaba presente en los cuatro rumbos, orientando el universo con su cruz florida: el símbolo de Tláloc. Surge así porque Él tuvo cuatro hijos, los Tlaloques, que habitaban en el paraíso de agua llamado Tlalocan de donde proceden las aguas benéficas y necesarias para la vida en esta tierra. Las personas que mueren por causa del agua, defendiéndola, van a ese paraíso, donde existen cosechas permanentes de toda clase de árboles frutales y semillas.*

*Tláloc maneja tanto las fuerzas del bien como las*

*fuerzas del mal. El bien: haciendo germinar la tierra y crecer las cosechas. El mal: enviando relámpagos y truenos, creando peligro en los ríos, mares y lagos.*

*Por ello era necesario mantener a Tláloc siempre presente, mediante ofrendas y adoraciones. En su honor se ofrendan frutas, cosechas del campo, flores, animales y hasta sacrificios humanos, niños pequeños, varones, se ofrendaban. Se les sacaba el corazón y éste era arrojado a las brasas, emitiendo vapores y humos, que llegarían hasta el señor Tláloc y éste los valoraría para darnos su agua de vida.*

Noé aparece cruzando la esquina. Saúl se pone de pie y camina hacia él. Se dan un abrazo. Como Saúl, Noé también tiene ocupadas las manos, lleva consigo una bolsa de rafia. Se encaminan al cerro en silencio. Termina el camino pobremente pavimentado y empieza la terracería. Noé no tiene zapatos de excursión, usa unos gastados huaraches que le hacen doblar dolorosamente el arco del pie con cada piedra que pisan. Saúl lleva unos tenis de lona, igual de gastados que los huaraches de Noé. Termina el camino de terracería, preámbulo de la montaña, y comienza a empinarse el camino. Saúl toma un palo para usarlo de apoyo. Noé sigue tal cual, conoce el camino de memoria. Su cuerpo está acostumbrado a acomodarse, se encabalga y se adelanta, detenido sólo por el grito de “¡Espérame!” de Saúl. Una vez que los dos se encuentran, Noé le dice lo que están buscando.

—Abre bien los ojos, chavito, todavía ni sabes qué necesitamos y ya andas cansado. Búscate hojas, semillas, orquí-

deas o cualquier flor bonita y raíces. Las flores crecen más lejos. Vamos por ellas primero.

Saúl lo escucho con atención y asintió. Caminaron un largo rato, serpenteando hasta dar con las orquídeas, que cortaron de una en una y con cuidado de no maltratarlas. Después se dedicaron a buscar raíces extrañas y a coleccionar piedras lisas hasta que les entró el hambre. Se sentaron en la sombra de un encino a comer pambazos y tomar refresco tibio. Saúl se llenó de harina las comisuras de los labios y se limpió meticulosamente. Recobraron las ganas, por lo que se pusieron a recolectar semillas. Había que estar agachado para recoger las semillas, es lo más cansado. Se separaron, pero cuidando no perderse de vista. Saúl tenía la mirada entre el pasto, buscaba alguna semilla, algo que recoger. Luego puso la mirada en Noé y, había visto bien, él estaba con otras personas. Dos sujetos. Fue a ver quiénes eran; había algo que nunca había visto antes en sus miradas. Se fijó bien y uno tenía un cuchillo en la mano. No parecía el cuchillo de un asesino, era un cuchillo sucio, más bien de cocina, como con el que su mamá cortaba los ejotes.

—Tú lárgate, pinche niño. Córrele. Si te vemos volver, te tronamos a ti también —dijo el que llevaba el cuchillo.

Saúl les hizo caso. No sin antes sentir que su pecho se vaciaba. Miró atrás. Tenían piedras en las manos. Decidió no mirar más. El sonido insoportable de las piedras al impactar el cuerpo de Noé lo siguió por unos metros. Corrió con todas sus fuerzas, saltando troncos, olvidando las veredas, esquivando árboles, con toda la desesperación que sus piernas podían soportar. Intentó gritar por ayuda, pero

la imagen del cuchillo cortó su voz. Divisó la cúpula aún lejana de la iglesia y alineó sus piernas hacia allá, aceleró lo más que pudo, el camino de terracería, preámbulo de la montaña, el pavimento, las casas; todos lo conocían en el pueblo. Tocó con furia en una tienda como la de su madre. La encargada lo vio. La palidez de Saúl la había visto antes: en un niño que se ahogaba. Saúl sólo decía: agua, agua, agua, agua, agua. Lo sentaron en la sala y le dieron de beber. Comenzó a sudar frío y a oler agrio. Saúl miraba fijamente a la pared. Todos ahí sabían que algo horrible había pasado. La dueña de la casa mandó a la encargada a que buscara en la cocina la botella de licor de yerbamais-trá. Le sirvió en un vaso de veladora y le dijo: bebe esto, te regresará el color. Saúl le dio un trago y fue como beber clavos. Escupió y se le desanudó un lamento que traía en el pecho. Lo miraron, llevaba un par de cortes y rasguños que enrojecían sus brazos. Saúl habló. Dijo que habían matado a Noé. La encargada de la tienda divisó las patrullas fuera del salón y corrió hacia ellas. Llamaron a su madre, a la policía, y a la esposa, ahora viuda, de Noé.

## VIII

La gente inventaba teorías sobre su muerte. Decían que Noé andaba en malos pasos, que andaba metido en negocios malos. Decían que lo habían visto con unos muchachos de mala fama en el pueblo. Que les debía un dinero o trató de engañarlos.

—Uno nunca sabe, los artesanos andan de feria en feria, con todo tipo de gente, uno nunca sabe qué puedan traer —escuché

en la plaza, viendo cómo los policías federales iban tomando poco a poco el control del pueblo.

Entre la multitud se abrió paso una mujer. No llevaba más que la ropa que traía puesta: una blusa azul por la que bajaban sus lágrimas y una falda de mezclilla. Era la madre de Noé. Entró en la comisaría. Sus sollozos hicieron eco en la plaza. Todos enmudecimos. Sentí que la mano de un muerto envolvía mi corazón y lo apretaba. Las palomas sobre los cables volaron hacia otra parte. Algunas mujeres que estaban en la plaza también se pusieron a llorar.

Densas gotas de sudor caían sobre mi camisa, humedeciéndola poco a poco. La situación acababa de empezar y parecía que llevábamos horas inmersos en ella.

Luego vino la junta. En un amplio salón nos citaron a todos, prensa y participantes, observadores de HRW, organizadores, todos dentro del salón. La reunión se hizo de pie, aún no llegaban las sillas que habían rentado. Algunos tomaron asiento en los escalones del salón, otros se recargaban en la pared. Los dirigentes del Colectivo Mexicano en Defensa de los Ríos, un tipo rubio y alto, y una mujer con arrugas bronceadas se pararon en medio del salón y se pusieron a hablar. Su voz estaba tristísima, dejaba entrever un irrevocable sentimiento de culpa.

Dijeron que iban a ocupar todos sus recursos en aclarar la situación de la muerte de Noé, que él era parte del CMDR y que aquello que había sucedido, en el marco del evento, era un mensaje de intimidación. Decidieron emitir un comunicado y seguir con el encuentro, ahora en honor a Noé y a todos los compañeros que dieron su vida por la lucha. Después de

esa junta, me dieron ganas de salir corriendo de ahí. Llamé a mi madre con la única intención de oír su voz. No me contestó. Luego llamé a mi hermano. El momento en que el tono telefónico desaparece nunca llegó, sólo oía mi propia respiración de este lado de la línea. Estas son cosas por las que tiene que pasar uno a solas, pensé. Luego me metí a bañar, apagué la luz del cuarto, me metí en la cama y no pude dormir: del otro lado de la ventana hay una tormenta de amenazas.

El día siguiente llamaron a la Segob y activaron un protocolo de protección para activistas, defensores de derechos humanos y periodistas: al día siguiente un policía estuvo *escoltándonos* hasta la noche. No tuve miedo hasta que vi al policía llegar. Le dije que no me escoltara, que no lo necesitaba. Él me respondió, detrás de unos lentes oscuros, que entendiera, que sólo seguía órdenes y que me estaba tratando de ayudar. Yo me encogí de hombros y traté de ignorarlo por el resto del día.

Esa noche hubo una fiesta. Estaba programada desde antes en el programa, la banda de ska, reggae y salsa ya estaba pagada. Los músicos llegaron puntuales. Después de afinar y probar los micrófonos tocaron en un escenario instalado en medio de la calle principal del pueblo. Sí, bueno-sí, comenzamos: cuénteles, un, dos, tres. Los trompetistas impulsando el sonido desde su pecho, el tono de los trombones que subían y bajaban, los ritmos de los tambores: girando, yéndose y regresando, las manos del pianista bailando sobre el teclado, el vaivén de los vestidos de flores y los tacones rojos de las coristas acompañaban a todos los que bailaban sonrientes debajo de la carpa, bajo las luces cálidas de las farolas. Qué viva la música.

Al día siguiente a las diez en punto doblaron las campanas. La iglesia de Amatlán de los Reyes se fue llenando de campesinos con paliacates. Colgando de las bancas de madera de la iglesia, pares y pares de huaraches, señoras y señores de voces ásperas, o indígenas de Chiapas, Oaxaca, Nayarit, o las botas de jóvenes universitarios con playeras con estrellas rojas, o los tenis de los activistas extranjeros, o los zapatos limpios de los investigadores, o las sandalias de los nietos de los campesinos, o los pies cansados de decenas de periodistas, o los tacones negros de una viuda, todos esperando el cuerpo de Noé para dar inicio a la misa. A veces, en momentos como este, es mejor pensar que existe un Dios y que está de nuestro lado. En la iglesia, ya llegado su cuerpo, las flores que él había cortado cubrieron su ataúd. Durante el entierro, las nubes del incienso se mezclaron con la tierra con la que lo sepultaron. Todos los indígenas presentes se arrodillaron ante la tumba y pronunciaron palabras en sus idiomas. La madre de Noé lloraba, y todos la acompañábamos.

En la plaza del pueblo pusieron un altar que llenaron de semillas. Varios nombres de más hombres y mujeres que habían dejado su vida en la lucha, y una foto de Noé en medio de todos. *Renacerás en un fruto del agua, como un árbol*, habían escrito en una hoja de papel ahí pegada.

Por la tarde hubo conferencias, talleres de derechos humanos, de manejo de medios de comunicación, compartieron *experiencias y saberes*. De noche hubo más baile: los indígenas presentaron, vistiendo sus trajes, los bailes de su región. Todos estábamos cansados. El día siguiente terminó el encuentro; el día siguiente se fueron. No tardaron en vol-

ver. Se llevaron todas las pinturas de Noé a dar una vuelta por las galerías universitarias del D.F. La viuda de Noé un día nos dijo:

—No voy a dejar su muerte en vano, no quiero que sea otra estadística, hay que darles un golpe del cual nunca se puedan recuperar.

—Vamos a hacerlo —dijimos.

Los ojos del mundo sobre Amatlán de los Reyes. Así decía el periódico-mural que habían hecho las mujeres del pueblo en la puerta de la iglesia con todas las notas periodísticas que se habían escrito después de la muerte de Noé. El asesinato de su esposo ya había calado hondo. Amatlán de los Reyes era visitado por más periodistas, por varios movimientos obrero-campesinos de México, por antropólogos, por estudiantes de humanidades y hasta por sacerdotes. Todos dispuestos a escuchar. Y la gente de Amatlán de los Reyes estaba dispuesta a hablar.

—Nosotros nomás tenemos un muerto, pero, bueno, hay quien tiene varios y aún no se habla nada de ellos. Si ya nos mataron a uno, ¿qué nos garantiza que no nos maten a otro? Con eso quisieron intimidarnos, pero vamos a ser valientes. Por él, por Noé. Por eso seguimos en resistencia, hasta donde topemos —dijeron con la voz firme.

El colectivo se reunió con Javier Duarte —gobernador del estado de Veracruz en ese entonces, luego preso— y le dejaron bien claro que no querían ese proyecto.

Los asesinos materiales de Noé se van a morir en la cárcel. Pero, ¿quién dio la orden? A la fecha las causas de su

asesinato aún no se aclaran. Ya no se vio la cortina de cemento sobre el cañón del Río Blanco. Pero no bajan la guardia. No pueden estar seguros de que los ojos del mundo seguirán viendo. No importa qué tanto dolor tengas, el mundo termina por ver a otro lado.

Lo que no me deja tranquilo es eso. Un hombre fue asesinado y pareció que todos estaban listos para las consecuencias.



## **SEGUNDA PARTE**



**L**os miembros del colectivo fuimos hostigados. Nuestros teléfonos sonaban en la madrugada y en el identificador siempre eran números que parecían arrancados de la parte oscura de la sección amarilla. Éramos vigilados constantemente. Las mujeres eran seguidas, nuestras casas fotografiadas. Incluso al sacerdote de la parroquia le mandaron decir que se cuidara. La situación era francamente insostenible, y a mí —a pesar de que justo quería ese aire de revolución, de guerrilla: la emoción que tanto buscaba, la realidad que llega y te muerde en la frente— todo aquello me aterraba. Claro, no tanto como al director del voluntariado, quien por las buenas pidió que me dedicara a labores más discretas. Yo no tuve problemas.

No hay que olvidar que ahí mismo, en el municipio de Amatlán de los Reyes, están Las Patronas, el grupo de mujeres heroicas que ofrecen comida a los migrantes que viajan agazapados en la Bestia, el tren. Esto poca gente los sabe, pero hay un segundo grupo de mujeres que alimenta a los migrantes. Ambos grupos son familia y precisamente por eso es por lo que se separaron. Roces internos, desilusiones y decepciones, lo que todos conocemos, vaya, pero ahora con migrantes hambrientos dentro de la ecuación. El grupo en cuestión se llama Vive Migrante.

En VM las labores se reducían a llamar diariamente al albergue en Tierra Blanca para contabilizar migrantes, prepa-

rar arroz o tamales de frijol, embolsar pan, embotellar agua y esperar el tren, cosa que podía alargarse hasta entrada la noche, pero que cuando sucedía era algo que no sé en qué categoría ponerlo más que un acto de santidad. Siempre que se oía el pitido del tren, las mujeres gritaban —me gritaban a mí— que me llevara las botellas de agua al pie de la vía y las amarrara de a dos con rafia. La vía estaba en lo alto y desde ahí se divisaba la casa donde preparábamos todo. Yo, ya listo, me sentaba en la vía, oía y sentía el tren, las piedras vibraban, la tierra temblaba. Las mujeres salían histéricas, cargadas con rejas de pan y comida caliente. Mujeres de cincuenta años o más subiendo una loma en un pueblo del corazón de Veracruz para alimentar a migrantes que viajan como moscas sobre el tren.

Todo eso veía yo, en silencio, sentado en la vía, con el tren ya a la vista, y no podía evitar sonreír y pensar que en esa escena —cotidiana ya para mí, pero siempre excepcional— cabía lo mismo toda la tristeza y todo el amor del mundo.

Cuando los migrantes nos veían era una fiesta. Gritaban bendiciones y reían. Un pequeño tramo de compasión entre dos inmensas oscuridades. Trenes con quinientos, trescientos, doscientos, a veces seiscientos. ¡Padre!, me gritaban, regálame tus zapatos. Padre, aquí el agua. Y yo lanzaba todo lo que podía y el tren seguía avanzando sin piedad, hasta que los vagones dejaban de sucederse y ya era sólo una línea, un último vagón que se alejaba sin remedio hacia el norte y se hacía un silencio sobrecogedor donde todos nos mirábamos y no decíamos nada, y yo volteaba al otro lado, hacia el sur. ¿De dónde viene esta gente? ¿Qué pasa de ese lado?,

pensaba, y regresábamos a la casa, arropados por el viento y el canto de los grillos, y entonces reíamos, pero yo seguía sintiendo al sur como un llamado, al sur atrapado en mi garganta como una sensación que duele y calienta.

En la víspera de semana santa tomé la autopista hacia Tenosique, Tabasco, frontera sur de México.

## II

Nos habían hablado de unos sacerdotes franciscanos que en la tierra pantanosa, rodeados por el río Usumacinta, atendían a los migrantes centroamericanos. Y no sólo en medio de los pantanos, sino en medio de la violencia, en medio del abandono, en medio de la miseria se situaban ellos, en la esquina de la patria. Y yo iba a su encuentro, rápido, emocionado, sin saber qué esperar.

La soledad en el camino desapareció, más casas y más gente aparecía a los lados del camino. Pasamos Macuspana, Catazaja, Palenque, pueblos y más pueblos perdidos en el tiempo. Los edificios sesenteros, promesas de la modernidad y el progreso se erguían entre los tejavanes rotos. La central camionera, el ayuntamiento y la clínica se mantenían incólumes. Sólo la pintura comida por la humedad y por los hongos indicaba el paso del tiempo.

Ya era de tarde y las tonalidades del sol se acercaban al rojo, y con la llegada de ese color llegó también un letrero.

BIENVENIDOS A  
TENOSIQUE, TABASCO

### III

Al tomar el camino que llevaba al albergue vi un enorme mango rodeado por una barda poco alta. Parecía la barra de un bar tropical, exótico. Había cerca de quince personas descansando bajo la sombra del árbol, unos sentados en el pasto, unos acostados en la barda, más fresca que el pasto, y otros de pie, charlando. Bajo la sombra de otro árbol, más lejano, distinguí una pareja dormida. Había puesto solamente una cobija bajo la sombra y sobre la cobija, ellos.

Un hombre sin camisa me abrió la reja del albergue. “La 72, Hogar-Refugio para personas migrantes”, decía una lona sobre los barandales. Había cerca de treinta personas en la explanada y todas voltearon a verme. Oíamos: “Ya llegaron los voluntarios, ya llegaron los activistas”. Sucedian muchas cosas al mismo tiempo; el caos de la hora de la comida. Dos filas largas, una de hombres, otra de mujeres y niños. Me brinqué la fila a invitación de unos muchachos que parecían ser los encargados y me dieron frijoles, arroz y un té. Los frijoles estaban desabridos. Cuando me los sirvieron dijeron que no había para comprar sal. El té era de limón. Unas hojas grandes en el fondo nos presumían su sabor. Lo caliente del té, la gota de sudor.

Me senté en la acera y comí. Frente a mí fumaba una muchacha estadounidense. Ella era voluntaria. Con ella podría hablar.

Me dijo que ya me esperaban, que los frailes luego me recibirían. Dijo que ella era Laurie, que venía de la universidad de Nuevo México y que estaba haciendo “una investigación del fenómeno de la migración”. Le pregunté del trabajo y

dijo que era simple: recibir a los que llegaban, atender a los heridos y enfermos, cobrar los giros de dinero que les mandaban y resolver toda *emergencia* que sucediera. Mi idea era tener una experiencia total, una experiencia que me acercara completamente a los migrantes y su propuesta fue exactamente lo que buscaba.

Hizo toda esa conversación mirando fijamente el suelo y dándole terribles y largas bocanadas a su cigarro, pronunciando un rudo español cansado; toda ella se veía agotada y se notaba que el lugar la había endurecido. Después de verla así, entendí que era algo más difícil, pero igual quería estar ahí.

Mientras comía, dos hombres se sentaron en mi pedazo de acera. Pregunté sus nombres, Víctor y Carlos, el *Charly*. Eran de Honduras. Habían llegado apenas ayer y un olor a jabón salía de su piel cubierta por una ligera playera de algodón. Una cadena de metal traía Charly, colgaba del cuello un crucifijo. Habían comprado una Coca-Cola de dos litros que me compartieron felices. Me dijeron que iban *palnorte*. El norte, el norte. La promesa del norte. Se acabó el plato de arroz y frijoles.

Me instalé en un cuarto amplio que formaba parte de la enfermería. Olía a tierra y a cenizas. Una hamaca y una cama, espacio suficiente. El baño: un tubo que salía de la pared hacía de regadera, un blanco inodoro y un lavabo con jabones y cepillos olvidados. Nos repartimos las tareas: Laurie se ocuparía de la bienvenida, del registro de todos los viajeros y yo estaría en la bodega de ropa y en la enfermería.

La bodega tiene un horario, abre a las diez y cierra a las seis. Con el espacio entre comidas de descanso. A las seis con quince, cierro. Cuando salgo, una larga fila está formada en el registro del albergue. Laurie teclea apurada. La rescato: hay dos computadoras.

—Pasen también conmigo —les digo, mientras enciendo la computadora y el minúsculo ventilador.

—¿Cómo se llama?

—Erwin González Rábalo.

Erwin, de 27 años, nació en San Salvador, El Salvador. Esconde grandes tatuajes en el brazo, que cuando miro de reojo, oculta con vergüenza. Salió de su país hace cinco días. Es mi primera vez entrevistando y es su primera vez cruzando la frontera. Estudió hasta la preparatoria y es albañil (me dijo que trabaja en *la construcción*). Tiene una hija, que dejó allá en casa de sus padres, junto con su esposa. Quiere darles un mejor futuro. Su esposa, una joven de veinte años, le hablaba al celular todos los días con el dinero que ganaba en la maquila, me cuenta, mientras deja asomar una sonrisa. Un diente roto y otros ausentes. Está sudando.

—Sería todo, Erwin. Cualquier cosa, aquí andamos. La cena se sirve a las 8. No tenemos baño pero ahí está el monte, tenemos medicinas por si te sientes mal y algo de ropa por si necesitas. Ah, y al fondo hay una llave donde puedes bañarte.

—Gracias, muchas gracias.

—De nada; el que sigue, por favor —digo en voz alta.

#### IV

Una túnica de franciscano era la única decoración del cuar-

to. Café, rasgada, con el cintillo colgando, vigilaba siempre la pared. Resultaba espeluznante verla todas las mañanas; la falta de luz la pintaba negra y parecía la muerte que venía por nosotros. No había dónde ponerla, además, quién sabe cómo reaccionarían los frailes si movía sus ropas. Mejor dejarla ahí.

Además de la túnica, había dos ventanas siempre abiertas en la pared. Los bichos aprovechaban para entrar, mosquitos, hormigas, escarabajos. El piso estaba lleno de escarabajos negros muertos devorados por hormigas. Pero además de los insectos, también el aire fresco entraba trayendo consigo algún grito.

La mañana del segundo día me dirigí a la cocina y saludé al que me topara; algunos me sonreían, otros simplemente ondeaban la mano. Reconocí a la mayoría, salvo a unos quince que habían llegado en la madrugada. Bostecé de sólo pensar que tendríamos que registrarlos a todos. Por ahora ya tenía trabajo: servir la comida.

Arroz, frijoles y huevo. Tortillas. Taza de café. Buen provecho. ¿Quiere picante? Aquí está. Cuidado, que está bueno, eh.

Laurie acompañaba a una mujer con dos bebés. Parecían compartir unas palabras y reírse. Los dientes de la mujer brillaban dentro de una abundante boca oscura. Les guardé un par de platos todavía calientes, unas tazas de café y tortillas. Nos sentamos en una mesa sucia dentro de la cocina. Cuando iba a tomar la cuchara, el teléfono del albergue, llevado por Laurie en ese momento, sonó. Laurie por supuesto contestó. Tras una breve conversación con una voz femenina al otro lado del teléfono, empezó a gritar muy fuerte:

—¡Edwin Flores, Edwin Flores, tiene llamada! ¡¿Hay algún Edwin Flores, Flores?!

Y la espera en silencio. Nadie.

—Lo siento, no responde nadie por ese nombre.

—¿Segura? (Voz femenina desesperada).

—Sí, segura. Llame más tarde.

Laurie apagó el teléfono para seguir comiendo en paz.

—Así no se puede estar en paz. Cuando comas, apagarlo. Es tiempo sagrado, ¿okay?

Pero yo pensé que podría comer luego. La mujer tal vez no podría llamar luego.

Comí en silencio y con un pensamiento taladrante en mi mente. Edwin Flores, Edwin Flores. ¿No lo habré registrado ayer en la noche?

Corrí a la computadora y abrí la base de datos. E-d-w-i-n F-l-o-r-e-s. Enter. Cinco resultados. De hace meses todos.

No estaba aquí. Pero no podía dejar de pensar en él. ¿Dónde estás, Edwin? ¿Habrás llegado en la madrugada? Debe ser.

—¡Los que no estén registrados, los que llegaron de noche! Una fila acá, por favor. Les voy a explicar cómo funciona la casa: esta es La 72. Es su casa, nuestra casa, de todos, por lo que hay que cuidarla como tal. Se sirven tres comidas al día, a las 7, a las 2 y a las 8. Se duerme a las 9. Su dormitorio es este —señalé el edificio amarillo que a veces la hacía de capilla—, las mujeres duermen en ese edificio —señalé el edificio naranja, más chico— al que los hombres no podemos entrar, ¿ok? Si entran, pierden el derecho a estar aquí. Aquí afuera hay una patrulla 24 horas, es para su seguridad, no se

apuren, ellos no los van a regresar. Hay una llave de agua, allá, en el fondo, por si gustan bañarse. Aquí a veces tenemos jabones, a veces no, así que mejor lo comparten. El baño: el monte. Hay servicio de teléfono y de cobro de envíos de dinero por Western Union. Los hacen a este nombre: Laurie Winbur, en Tenosique, Tabasco. Si se sienten mal, aquí hay medicinas. Cualquier duda, cuenten con nosotros.

Agarré aire.

—¿Quién pasa primero?

Un joven de cachucha y mirada tosca alzó la mano.

—Bienvenido, ¿cómo te llamas?

—Jorge Hernández.

(Edwin Flores, Edwin, dónde estás)

Pasó uno, pasó otro, pasaron todos y ninguno era Edwin. Cuando terminé me quedé viendo el suelo en un silencio que no duró mucho, Laurie volvía a gritar:

—¡Brando Chávez! ¿Algún Brando Chávez en el albergue?

—¡Yo soy! —corrió a tomar la llamada. Sonreía.

Todos lo vieron en silencio y con esperanza. La siguiente llamada podría ser la de ellos, podría, podría. También lo veían con ciertos celos y cierta desesperación de que acabara su llamada. No debía demorarse mucho: del otro lado sonaría ocupado y nadie sabe en qué momento se escuchará el tren.

Uno de los que veían con atención al que hablaba por teléfono se me acercó:

—Hombe, me duele harto la cabeza. ¿Tenés algo pal dolor?

—Sí, ¿qué tan fuerte te duele?

—Ni me deja dormir, ni me deja comer en paz.

Lo llevé al dispensario y le di unas viejas aspirinas.

—Esto te servirá.

Tomó las medicinas como quien toma la mano de alguien. Salió de inmediato. Yo también me disponía a salir, cuando vi a Laurie acercarse rápidamente. Detrás de ella venía un hondureño. Metro ochenta o más, moreno como la tierra. Venía agarrándose la cara. Laurie antes de llegar siquiera a la puerta me gritó

—¡Este hombre necesita ayuda!

Entraron los dos a la enfermería, agitados tomaron las sillas. Pedí explicaciones. Sucedió que el hombre, intentando ganarse unas monedas, se había vuelto tragafuegos. Un olor a gasolina me llenó la nariz. Se había quemado el rostro, que se cubría con terror. Le pedí que se quitara las manos de la cara para ver la gravedad de la herida. Pude notar algunas gotas de sangre bajar por su muñeca. Tuve miedo antes de que se quitara las manos del rostro. Cuando las quitó la mirada me dio vueltas, la cabeza me pesó, pero su grito de dolor me plantó de nuevo en la tierra. Debía curarse cuanto antes. La piel superficial y delgada del cachete se había ido, junto con todos sus vellos. Mientras le realizaba su curación, su cuerpo temblaba de dolor. Apretaba su pantalón y se retorecía.

—¡Aguanta, por favor, aguanta! Ya casi acabo.

Cuando le estaba pegando la última gasa, el sonido del tren apareció como un fantasma. Mi radio pilló, contesté y era el Fray.

—Ya viene el tren, avísale a todos.

Apenas escuchó esto, el hondureño se recompuso. Saltó de su silla, se arregló las gasas y salió corriendo/ —¡Oye, es-

pérate! ¡Así como te vas a/ pero mi voz ya no lo alcanzó y si lo alcanzaba, la ignoraba de cualquier forma. Laurie, el Fray y yo corrimos a las vías. Era mi primer acercamiento de verdad al inicio de la ruta. Yo sólo podía ver al muchacho vendado subiendo por el vagón. Me saludó y me gritó un *gracias* tímido. Habían llegado patrullas que sólo estorbaban y pintaban de rojo y azul todo el lugar. Permitían todo. Un par de operadores gordos saltaron de la cabina del tren, hablaban por un radio con alguien y contaban a los migrantes. Un niño subió sin compañía al tren mientras me miraba. Una pareja se veía a los ojos y se persignaba. Los operadores, sin expresión alguna, subían de nuevo a la máquina. La máquina. La bestia despertó y comenzó a agarrar velocidad. El hondureño vendado se iba volviendo una mancha blanca, blanca, blanca entre tanto metal. Todos los migrantes nos miraban desde el tren. Nunca me han visto a los ojos como esa vez. Cuando regresamos al albergue con los migrantes indecisos del viaje, una aparente calma flotaba en el aire. Se habían ido cerca de cien. Regresé la vista a las vías y ya no había ningún tren, ningún ruido. Una tristeza infinita se colgaba de mi cuello como crucifijo de oro.

## V

La ropa que había era toda donada, por lo que sólo habían trapos tristísimos: prendas lastre que dejaban atrás las dietas, prendas lastre que dejaban atrás los niños, prendas lastre que dejaban atrás los muertos.

Las filas siempre eran largas; el albergue estaba siempre lleno de personas que cargaban mochilas vacías. La idea era

ayudar a llenarlas, pero no siempre se podía. Los hombres altos y de pies largos hurgaban entre cajas llenas de pantuflas, sandalias de niña, tacones altos y zapatillas de ballet. A algunos les daba risa mientras que otros repetían maldición tras maldición. Interrumpía sus expresiones, intentando consolarlos:

—De aquel lado vi unos pantalones que creo te quedan.

—A ver.

Corrí a mostrárselos. En realidad lo que querían era irse con las manos llenas, de cualquier cosa, y yo necesitaba agilizar el asunto. La fila se acrecentaba minuto a minuto. Mientras más rápido se fueran, mejor.

—Mira, aquí están.

Tenían una forma de medirse los pantalones rarísima; nunca antes la había visto. Tomaban los pantalones de la cintura y los enrollaban en el cuello. Si lograban tocarse los dos extremos de la cintura, les quedaba justo, cosa que casi nunca sucedía.

—Bueno, mira, esta camisa está buena.

Y la veían cortos segundos.

—Me la llevo.

Se quitaban la sudada prenda vieja y estrenaban la seca prenda vieja.

—Perfecto. A ver, que pase el que sigue.

En eso se me iban las tardes. Sólo los nuevos se aventuraban a buscar entre las ropas; los veteranos del albergue ya conocían la historia.

Cuando sacudían las prendas en medio de la tarde, el polvo tenía chance de volar por las dos ventanas. Dos rayos de

luz iluminaban todas las partículas de polvo que respiraban al sacudir las telas viejas.

—¡Achú!

—Salud, salud.

Un día un haz de luz me botó en la cara. Busqué su origen por todo el cuarto hasta encontrar un vidrio roto que dispersaba la luz en toda la habitación. Un vidrio de la ventana rota. ¿Habrá sido una piedra, un balón? El rectángulo de vidrio estaba repartido en cinco o seis pedazos largos como colmillos. Miré al hombre (que me ignoraba en ese momento) inmerso en la búsqueda de un par de calcetines. Faltaban varios migrantes en la fila y miré por la ventana. Un joven indefenso dormía debajo del mango de la entrada.

Miré de regreso a los vidrios y sentí al joven más indefenso que nunca. En mi cabeza la situación era esta: un hombre, mareado por el hambre y el calor, entra en la bodega en busca de algo que le ayude en su camino: calcetines, pantalones, una camisa, una frazada, lo mejor que encuentre. Se topa con un voluntario igual de acalorado que él. El voluntario está cansado y distraído, constantemente mira hacia afuera, mira la fila que crece con los minutos, maldice en voz baja. Se sienta en el piso y apenas hace caso al migrante. El hombre se pasea por toda la bodega y remueve la ropa, ha tomado un par de calcetines y sopesa entre estos y unos pantalones, pues el voluntario le dijo que sólo puede sacar una prenda. Tal vez haya algo mejor por aquí, piensa. No se tarda en mover una columna de ropa y encuentra una hilera de vidrios afilados. Mira de reojo al voluntario. Éste no lo está viendo. Tiene una oportunidad, así que enreda el pedazo de vidrio en un

pantalón. Por si las dudas, por si las dudas, piensa. Cubre de nuevo los vidrios con la columna de ropa. El voluntario lo mira salir con unos pantalones. Unos pantalones, muy bien, dice el voluntario y le sonrío al hombre. Qué tenga un buen día. El hombre sale y piensa, buen día, buen día. No tiene un peso y viaja solo. ¿Qué va a tener de bueno el día? Llega la hora de la comida, llega la tarde. El hombre piensa bañarse y va hacia la llave de agua en el fondo del albergue. Mira a un muchacho en ropa interior, mira su cartera sobre un pedazo de cemento mojado. Mira algunos billetes. El muchacho lo observa de vuelta y le dice: qué me ves, viejo, espera. El hombre espera, luego se mete él a bañar. Esa noche llega el tren. El hombre sube, se ha puesto los pantalones nuevos y ha metido el pedazo de vidrio en su mochila. A unos vagones de distancia está el muchacho. El tren arranca, navega por la selva. No se detiene. Pasan los días y no se detiene. El hombre tiene hambre y un vidrio afilado. El muchacho tiene dinero. El hombre se acerca al muchacho durante la noche. En la bodega otro migrante descubre los vidrios.

Imaginé los vidrios manchados de sangre y hundidos en las vísceras del joven dormido. En la bodega seguía el migrante ignorándome en búsqueda de sus calcetines. Desocupé una bolsa de ropa y metí los vidrios, cuidando de no olvidar ni uno. Cuando al fin escogió su ropa, cerré la bodega. Me disculpé con los que esperaban en la fila y corrí a un muro del albergue.

—Nadie se va a hacer daño con esto, nadie puede —pensé.

Lancé la bolsa llena de vidrios contra la pared usando todas mis fuerzas. Toda mi rabia. Me odié por ser tan mal

pensado, pero en mi cabeza no había ninguna duda. Sin los vidrios peligrosos, sentí que le había hecho justicia a alguien. Regresé al albergue. La fila de mi bodega seguía ahí.

—Ya les abro. Discúlpenme.

Yo me senté a pensar en todas las vidas que había salvado con la destrucción de esos vidrios. La fila se iba acortando, el sol se iba escondiendo. Salió la última persona, una muchacha alegre de unos 24 años. Su perfume resaltaba sobre el olor a ropa vieja. Olía a fresas. Me dijo que buscaba unas sandalias. Antes se había llevado una frazada para su bebé, que cuidé yo mientras su mamá buscaba. Era linda, se movía con gracia. Pensé que sería feliz conmigo. Que no tendría necesidad de hacer lo que sea que planeaba hacer con su vida. Cuando terminó le entregué su bebé y me dijo gracias. Cuando cerré la bodega, voltee a verlos, estaban en el comedor. La muchacha jugueteaba y acariciaba el bebé. Reían los dos. Pensé que sería feliz con ella.

Tanto movimiento me cansó y me secó la boca, una sed de pesadilla me pegó la lengua al paladar. Afuera los muchachos jugaban fútbol mientras caía la tarde y el sol bajaba. Veintidós muchachos corrían en el llano, a lado del albergue. Otros varios veían el partido sentados bajo el mango y su sombra. Bebían raspados de fresa y tamarindo que un viejo preparaba todas las tardes en un triciclo. Pedí uno de tamarindo y cuando lo pagaba anotaron gol. Miré cómo festejaban. La felicidad se parece mucho a anotar un gol mientras cae la tarde. Entré al albergue y me senté en una acera de cemento pulido a tomar mi nieve. El color de la tarde iba dando entrada a la oscuridad de la noche. Me quité las sandalias y

empecé a bromear con un par de recién llegados. Apenas entrábamos en calor cuando un grupo de ocho personas llegaba exhausto. Le avisé por radio al Fray, quien con ayuda de los cocineros trajo agua para todos. El humor de todos los del grupo recién llegado se había disuelto en el camino. Estaban tristes y desesperados de caminar. El Fray les daba la bienvenida, les explicaba las reglas, mientras yo encendía otra vez las computadoras de registro y los tristes abanicos.

—Pasen conmigo a registrarse; cocineros, ¿ya está lista la cena?

—Ya —dijeron a secas

—Bien, cuando terminen conmigo pasan a cenar.

Había sido un largo día.

## VI

—Es que el albergue es como una *Little Centroamérica* —decía Laurie, la voluntaria gringa mientras El Fray y yo intentábamos calmar una riña entre los cocineros.

Un viejo moreno, antiguo militar hondureño, nos ayudaba a esconder los cuchillos fuera de cualquier mano iracunda. Los dos cocineros enojados salieron de la cocina empujándose hacia donde estaban las gigantescas estufas de leña. Se gritaban:

—Tú no eres el dueño de la cocina, José cabrón. La gente llega y tiene hambre joputa —decía Johnny, el más alto y el más viejo.

—Hombre, que se respeten los horarios —José dijo, y miró al Fray en busca de apoyo. Pero el Fray sólo levantó los hombros sin otorgar nada.

—¡Pero qué no entiendes, maldito idiota! ¡Los que llegan hambreaos no tienen horarios, el hambre no tiene horarios! ¡Dale de comer a esta gente! —señaló a una pareja de adolescentes y a un viejo.

Nosotros nunca supimos en qué momento le negaron la comida (!) a alguien; yo apoyaba a Johnny.

—Falta poco para que esté lista. Un poco de paciencia y ya está.

—¡Pero todavía hay comida del desayuno, siempre la tiran, siempre se la tiran a los animales!

—No es/

Pero José no pudo continuar su frase. Johnny había apretado el puño, bien duro, brazo de albañil, y lo había dirigido hacia la cara de José, callándolo al instante. José se quedó inmóvil mientras su cara se hinchaba poco a poco. Johnny salió rápidamente del albergue, traté de ir tras él pero lo perdí de vista. El Fray y el militar servían ya los platos para los nuevos.

—... si no he escondido los cuchillos, tremenda matazón que se arma. Pero Johnny tiene razón. Este José se siente el jefe, la verga. Nomás lo hace por joder, por sus huevos. Está loco. Y ahora ya no dice nada. Ah, qué imbécil —decía el viejo militar, al que apodábamos el General. El Fray, inteligente, no tomó ningún partido.

—Vengan por sus platos, aquí están ya —avisé.

—Muchísimas gracias, y una disculpa... pues por eso. No, no... no fue nuestra intención —nos dijo la muchacha nueva con un marcado acento hondureño.

—No se apure, aquí todos tenemos derecho a un plato caliente —le respondió el Fray.

La comida transcurrió sin ningún inconveniente. El Fray siempre decía unas palabras antes de comer, avisaba de noticias, daba la bienvenida, se presentaba ante los nuevos. Todos lo escuchaban. Cuando terminó, me dijo:

—Sí, sí, sí. Estos son unos cabrones. Déjalos, déjalos que se partan la madre. José sí se pasa de listo, es un cabrón. Sirve que le baja a su prepotencia. No será la primera vez que pasa esto en el albergue. Una vez hasta se metieron las mujeres, un aventadero de golpes. Tuvo que entrar la policía... No tengas miedo de hablarle a la policía. ¡Qué se lleve a esos cabrones peleoneros! Aquí es un lugar para los que no tienen nada, ni fuerzas para pelear —dijo.

La pelea había afectado mi humor, y pensé en casa. Tenía una vieja tarjeta telefónica en mi cartera que nunca había utilizado y había un par de cabinas telefónicas dentro del albergue. La estrenaría después de comer.

—... sí, yo te aviso cualquier cosa, no te preocupes, estoy aquí en el albergue de la *setentidos*, en México, yo creo hoy me voy... tengo que colgar. Te amo. Adiós —decía el que estaba delante de mí en el teléfono. Me vio, me sonrió, y dejó el teléfono para mí.

Inserté la tarjeta, marqué los números indicados.

—Aló, ¿quién habla? —dijo mi madre.

—Mamá, soy yo, Andrés. Ho/ —y la llamada se cayó inexplicablemente.

El hombre atrás de mí me dijo:

—Así pasa siempre. Es mi cuarta vez intentando llamarle a mi hija. Si me da permiso.

—Claro que sí.

Pero ya no pude llamar a mi madre. Había llegado un grupo grandísimo y Laurie me pedía ayuda a gritos desde la cabina de registro. Había hombres deshidratados.

Corrí a la cocina y ahí estaba José, aplicándose en la cara unos hielos envueltos con trapos.

—Llegaron unos deshidratados, hay que preparar tres jarras de suero —le dije.

—Ya te ayudo.

Llevamos en cuestión de segundos las tres jarras. Yo no había visto a los deshidratados. Se veían delirantes, acostados en la acera (la misma donde yo me tomé mi nieve de tamarindo) apenas respirando. Eran tres. Una jarra para cada quién, pensé.

—Tómenselo poco a poco —les dije mientras les servía en una taza.

—Sí... sí... —me dijo el más alto. Le dio un sorbo, le tomó otro tanto e hizo una mueca de desagrado; vomitó todo.

—Con calma, con calma.

Otro muchacho, el más joven, sólo repetía que le dolían los riñones.

—Me duele aquí, aquí. Me duele —señaló sus riñones.

—Es por lo deshidratado, intenta tomar el suero.

El otro, el más viejo, me dijo que prefería agua. Corrí a llenar otra jarra de agua, que se tomó toda en cuatro tragos. Cuando llegué, el que vomitaba había dejado de hacerlo y ahora sólo me pedía un lugar para dormir. Les abrí el dormitorio sólo a ellos. El dolor no abandonaba al joven.

—Necesitan dormir. Pueden comer arroz con atún, si quieren.

Sólo asentían con la cabeza, salí. Después de un rato me asomé por la ventana a ver cómo estaban. Se acurrucaron los tres juntos. Ya anoecía, se sirvió la cena y ellos no asistieron. Terminamos de cenar, registramos a los pocos que llegaban de noche, metimos a todos en sus dormitorios, revisamos que nadie quedara fuera y asignamos a los que harían la guardia de madrugada. Nosotros nos metimos a dormir. No decíamos ni una palabra. No tenía fuerzas ni para pensar. Sólo para mirar de rato en rato por la ventana y para dormir.

## VII

Al día siguiente todos Los Deshidratados pidieron la repatriación al Instituto Nacional de Migración. Me despedí de ellos con un abrazo. El más joven, al que le dolían los riñones, me dijo:

—Ya nos vamos de vuelta. No íbamos a aguantar. Ta cabrón.

Se fueron solos y tristes, caminando hasta la garita. Nadie pudo acompañarlos porque nadie tenía tiempo. Ir con ellos sería como matar un par de mosquitos cuando te ataca un cocodrilo.

## VIII

En el albergue me preguntaban si sería mejor seguir o regresar. Yo pensaba siempre en la terrible claridad del momento en el que una persona decide abandonar su patria. Antes de contestar pensaba en los miles de kilómetros que les faltaban pero también en los miles que ya habían recorrido, pensaba en sus cicatrices en las plantas de los pies ocasionadas por

caminar noche y día sin descanso, pensaba en sus cicatrices en el torso por las balas de los maras, pensaba en las historias de familias separadas que iban de regreso a encontrarse; en las familias separadas porque el padre, la madre, el hermano, el abuelo, el nieto, buscaba trabajo. En las historias de negocios extorsivos, en las historias de migrantes secuestrados, en las madres que viajan solas con sus niños en brazos, en los hombres encapuchados que suben al tren como fantasmas, en los que se iban de madrugada y regresaban cayéndose apesando a licor de caña, en los corridos mexicanos que escuchan los cocineros, en los migrantes albañiles que ya tenían trabajo, en la pobreza de los cuartos calientes de las calles de San Salvador, en la pobreza de los caldos que se cocían en las ollas de la cocina, en los cables eléctricos que ahorcaban a los migrantes arriba del tren, en la risa de los niños no acompañados, en la obesidad de los policías corruptos, en la estupidez de los agentes de migración, en mis zapatos bien cuidados, en mis sandalias de trabajo llenas de tierra, en todos los pasos que habían dado hasta ahí, en las dos tres cuatro cinco nueve veces que intentaban cruzar la frontera, en los gringos racistas armados de plomo e intolerancia, en los empleos de lavaplatos, en las manos con callos, en los dedos mojados, en el trabajo de sicario, en negocios microscópicos (“Copias Ruby” “Miscelánea Clarita” “Abarrotes Mary” “Café-internet Gokú”) y abandonados y con cucarachas creciendo en sus paredes, en los brazos morenos de las mujeres atravesados por una jeringa, una inyección anticonceptiva para no criar hijos de violadores o heroína, en las vías oscuras del tren pisadas por las sandalias rosas de Yovanna

la tremenda prostituta travesti a quien a veces los policías le escupían hasta marearse, en los migrantes homosexuales que dormían aterrados-apestados y temblando acurrucados en el dormitorio de hombres, en cómo los hermanaba el camino y los que vencían hablaban al albergue festejando estar del otro lado; en las llamadas de las madres perdidas, de las esposas escondidas, en los goles que metían en el llano aquí al lado, en el Fray, dedicando toda su vida para salvarlos, en las miradas de calma cuando daban un paso dentro de la cabina y en todos los ojos que había visto, enseñándome su destino.

Entonces les respondía que no sabía.

## IX

El sol calentaba la tierra, se sentía como la piel de un horno. Era esa hora de la tarde en la que los migrantes dormían bajo la sombra. Unos se acomodaban debajo del techo de la capilla con sus mochilas sobre el azulejo fresco. Otros se acostaban boca arriba en el pasto que crecía alrededor del mango. El viento apenas soplaba. Hojas caían sobre sus rostros, y su cabello parecía hierba mecida por el viento. No había ni una sola nube. El sol botaba entero sobre los techos de lámina del albergue y el cielo parecía absorber todo el azul del mundo. Yo estaba sentado en la sombra, con los pies descalzos y llenos de tierra, sobre los azulejos. Descansaba mis pies de los huaraches que reposaban sus cueros, uno sobre el otro, en el piso a mi derecha. Desde el comedor llegaba el sonido del televisor, las mujeres con sus hijos dormidos veían una telenovela. Laurie no estaba, se había ido a cobrar el dinero de la gente. Flotando sobre todo, el sonido de la radio de los

cocineros. Pronto escuché un auto acercarse. En el camino de tierra que lleva a La 72 apareció la camioneta blanca del Fray. Me puse los huaraches y me levanté a abrir la puerta. Entró la camioneta y dentro de la cabina pude ver a Caliche, uno de los cocineros.

El Fray nos había contado una noche, antes de dormirnos, que Caliche había venido a México a buscar a su padre. Su padre había salido de Honduras enfermo hace algunos años, y había conseguido trabajo en Tijuana. Las cosas iban bien, él trabajaba y les enviaba dinero, fotos de él fuera de su apartamento, fotos de él en la playa de Tijuana, fotos de él en la frontera, en ese muro que pusieron, separando la playa mexicana de la playa estadounidense. Hablaban con él al menos un día a la semana. Siempre llamaba él. Una semana, nadie llamó. La siguiente, tampoco. Ellos sabían que le pagaban cada quinceña. Llegó el día quince, pero ni un lempira fue depositado en su cuenta. Ni una llamada, ni una carta, nada. Entonces llamaron ellos a su departamento, pero las llamadas nunca entraron. La madre de Caliche empezó a desesperarse. A veces Caliche la oía sollozar entre sueños. Caliche se cansó de eso y le dijo que iría a buscar a su padre. Tomó lo poco que habían ahorrado y le prometió que iría por su padre a Tijuana.

El Fray salió de la camioneta, se puso a marcar el teléfono y se metió a su oficina de un portazo. Caliche tomó asiento en la banqueta, bajo la sombra del techo. Llevaba un sobre entre las manos. Me acerqué a preguntar.

—¿Qué pasó, Caliche?

—Ah, Andrés, lea eso, vos —dijo. Su voz parecía descajarse.

Me pasó el sobre. Lo abrí, pude ver el sello nacional de México y las siglas INM a primera vista. Leí que le habían negado el asilo político en México. Leí que le habían negado aquello que podría permitirle buscar a su padre. Terminé de leer y voltee a verlo.

Dijo:

—Nuestra vida aquí no vale nada.

La sombra del techo se alargó sobre la tierra hasta que oscureció.

## X

Cruzó la reja del albergue una pareja. Eran jóvenes. El hombre llevaba de la mano a la mujer y ambos arrastraban los pies. La mujer lloraba sin hacer ruido en medio de la noche. Su cabello estaba húmedo. Llevaba una blusa negra de encaje que le descubría los hombros y un pantalón de mezclilla que estaba a punto de romperse. El muchacho temblaba y le salía sangre de la boca. En sus brazos había heridas llenas de tierra. En el pantalón de la mujer, justo en la entepierna, había unas manchas de sangre. Me levanté y corrí hacia la enfermería, la silla en la que estaba sentado pegó contra el suelo.

—Ayuda —dijo el hombre.

—Allá, en la enfermería. ¡Andrés! —gritó la gente.

—Aquí, aquí, entren —dije y abrí la puerta—. ¿Qué pasa? ¿Qué les...?

La gente seguía gritando. La pareja entró en puro silencio.

El muchacho volteó a verme. La luz del foco cayó en sus pupilas y se le empequeñecieron. La gente se había juntado

alrededor. Los niños del albergue entraron, se llevaron las manos a la boca y me preguntaron qué pasaba.

—Salgan, salgan todos ya —grité.

Entre todo el ruido oí la voz del Fray salir como de lo alto. Todos se alejaron de ahí. Luego lo vi aparecer en la puerta. Entró, se puso en cuclillas frente a ellos y les pidió que hablaran.

—Nos iban a matar. Caminábamos allá en el Ceibo... me duele. Nos iban a ayudar a llegar. Un carro negro. Nada nos dijeron. Nos llevaron a... la selva. Adentro de la selva. Debajo de un árbol. A ella... a mí. A ella. No pude salvarla. Señor, ayúdenos, ayúdenos, por favor, ayúdenos —dijo el hombre.

Sus manos pasaron por sus brazos, sacudiéndose la tierra de las heridas, luego las puso sobre sus rodillas, apretó su pantalón y me miró. De la silla en la que estaba el hombre goteaba sangre. La mujer tenía las mejillas sucias de lágrimas, sus ojos los tenía inmóviles hacia la nada.

—Llamen a una ambulancia —dije por la radio.

—No la llame, señor, no la llame. Si la llama, nos van a devolver.

—No los van a devolver. Se los prometo. Vamos a estar con ustedes. No se los van a llevar —dijo el Fray.

—¿No van a llevarnos?

—No van a llevárselos. De eso estén seguros —dije.

—Gracias señores. Dios los bendiga.

Los paramédicos se encerraron en nuestro baño con la pareja, y de ahí no salía ningún ruido. La multitud del albergue estaba al pie de nuestra puerta, expectante. Afuera los frailes trataban de poner orden. En el cuarto estábamos Laurie y yo.

Fumábamos sin parar. ¿Qué carajos era esto? Vi a Laurie de frente: estaba recostada con los ojos cerrados, como una niña frente a una paloma muerta.

Escuchamos el ruido de la manija del baño al girar. Salieron los paramédicos. Adentro seguía la pareja. El jefe de la cuadrilla de la Cruz Roja pidió que nos acercáramos, miró al piso, tragó saliva y dijo:

—A los muchachos los violaron. A ambos. Posiblemente también hayan usado un tubo. Necesitan ser hospitalizados, pero se niegan. Sus heridas pueden empeorar, pero ellos dicen que quieren seguir. La muchacha tiene desgarramiento vaginal y anal y quedó muda y débil, como un puño de tierra. El muchacho trató de defenderse pero todo indica que lo sometieron y lo amarraron a un árbol. También tiene desgarramiento anal. Necesitan tiempo para curarse las heridas. Nosotros no podemos hacer más, señores. Lo lamentamos mucho. Si no hay nada más, nos vamos.

Laurie ofreció dejarles su habitación. Sacó sus cosas y las cambió a nuestro cuarto. Acompañé a la pareja al espacio de Laurie. Les abrí la puerta y les encendí la luz. La muchacha se acercó a la cama, corrió las sábanas, se acostó y empezó a rezar. El muchacho la miraba y dejaba salir unos suspiros entrecortados.

—Ella es mi esposa. Ella es lo mejor que tengo en mi vida. Yo la amo. Vamos a llegar al norte. Lo vamos a hacer. La voy a cuidar. La voy a cuidar. La voy a cuidar. Todo va a salir bien. Dios está con nosotros, nada malo nos va a pasar.

—Sí, todo va a salir bien. Buenas noches —murmuré.

El muchacho se sentó en la cama y empezó a repetir en voz baja las oraciones de su esposa.

Apagué la luz y cerré la puerta.

Todo estaba en silencio. La única luz era la que salía de nuestro cuarto. Los migrantes ya estaban dentro de los dormitorios. Vi al Fray entre las sombras, sentado en el comedor, bebiendo café junto al General y la guardia de esa noche. Cuando me vio levantó una mano y dijo que él se haría cargo de la guardia esa noche, que durmiéramos. Grité que estaba bien como si en ello se me desgarrara la garganta. Sentí el aire denso, quemado, como si me cayera encima todo el peso de la atmósfera. Me puse a temblar de súbito. Entré a nuestro cuarto en silencio. Laurie oía música, hojeaba un libro.

—El Fray hará la guardia esta noche —dije. Laurie movió la cabeza como si ya lo supiera.

—Habrá que meter una denuncia —dijo Laurie.

—¿Y esperar los citatorios del Ministerio Público? ¿Obligarlos a quedarse en México durante el proceso? Laurie, tú sabes cómo funciona esto en México. La justicia no funciona ni para los mexicanos. Ellos lo que quieren es irse lo más pronto del país —dije.

Le había dejado a Laurie mi cama, puse unas cobijas en el suelo y me acosté en ellas aunque fui incapaz de dormir. Me movía de lado a lado, me acomodaba, daba vueltas, veía cómo las hormigas llevaban los cadáveres de otros insectos por las orillas de las paredes. Todo menos el sueño. La voz de la muchacha recitando un avemaría se expandió en mi cabeza toda la noche. Me levanté al baño y encontré en la

regadera rastros de sangre. Abrí la llave. El chorro de agua pegó contra el piso y salpicó para todos lados. El azulejo era blanco. La mancha de sangre era como un par de ojos rojos que me miraban desde el piso hasta que se disolvieron en el agua y se fueron por el resumidero.

—¿No te ibas a bañar? —preguntó Laurie.

—No. Dejaron sangre y la limpié.

Me acosté otra vez sobre las cobijas. Pensé en ponerme a rezar, a mí también me había enseñado mi madre, pero yo había olvidado que la gente rezaba, yo creía que no servía para nada.

## XI

De pronto me dio por grabar a los migrantes antes de subir al tren. Les decía que dieran un mensaje para sus familias, un mensaje para la cámara:

“... hay poco dinero... será que hay poco trabajo, hay muchos ladrones, aunque ya los están eliminando un poco, pero unos siempre hay y se van terminando pero van saliendo otros. Por eso nosotros nos venimos para acá, para tener otra vida, por querer tener otra mejor vida. Nos sentimos orgullosos de ser catrachos...”

“Aquí, este es un... puede ser el último adiós para mis hijos, para mi madre y para mi mujer. Los amo mucho. Saludos a todos”.

Un mensaje que, ellos estaban conscientes, podía ser el último rastro que dejarían. Sus familiares —pensé— difícilmente darían con esta grabación. Pero no está de más. Una familia desesperada es capaz de todo.

Después del octavo día comencé a sentir que el tiempo pasaba con más velocidad. Mi cuerpo estaba cansado y apenas lograba despertarme. Había llegado a un estado mental en el que predominaba el silencio y la fatiga. No era depresión (esa vino después), sino era asumirme como un cuerpo y nada más.

Ese día desatendí la bodega, estuve una gran parte del tiempo en la enfermería, haciendo curaciones a los migrantes, que consistían, casi siempre, en reventar ampollas en las plantas de los pies. Comí sopa de oveja (teníamos tres ovejas en el albergue, ahora sólo dos) y verdura con las narices llenas de un olor a patas y a Violeta de Genciana. Comí enojado, de mala gana, metiéndome gigantescas cucharadas de sopa a la boca y masticándolas con furia. De beber había una mezcla de agua, suero rehidratante, polvo para preparar agua sabor horchata y plátano licuado con nanche. Todo lo preparaban en un tambo que yo hubiera puesto fuera de mi casa para poner la basura, pero que ahí lo ocupaban para preparar agua. Terminando de comer me puse a barrer y trapear todo nuestro cuarto. Lo dejé más limpio que nunca. Luego hablé con unos migrantes que me habían pedido dinero directamente a mí. Así como así no les daría nada, entonces los convencí de trabajar. Ellos limpiarían las cabinas de registro y el dormitorio de hombres. Yo les pagaría generosamente. Después me senté a atender el celular del albergue. Sonó sin parar toda la tarde. Grité muchísimos nombres y me dolió la garganta. Fui por el altavoz y empecé a llamarlos con mi voz ronca. Algunos de los que buscaban al otro lado del teléfono estaban jugando fútbol, así que salí a llamarlos y me quedaba viendo el partido que proseguía sin ellos. Luego se me acercó

alguien a pedirme una pastilla. “Pal dolor”, me dijo. Apenas abrí la clínica y me pidieron una prenda. Luego un tipo me tocó la espalda. Voltee y me dijo: “Oiga, Andrés, ¿cuánto me dan por esto?” Me mostró un billete de dos mil viejos pesos y me miraba como pidiéndome piedad. Eso ya no vale nada, le dije. Abrí la bodega, llegaron más, los esperé, atendí el teléfono. Escribí mensajes. “No es posible hacer llamadas, sólo mensajes” —les decía mientras tecleaba. No escribía mensajes personalizados. Todos decían lo mismo: “HOLA, NOMBRE-DEQUIENRECIBE, SOY NOMBREDEQUIENENVÍA. ESTOY BIEN. ESTOY EN UN ALBERGUE EN TENOSIQUE, TABASCO, MÉXICO. HÁBLAME A ESTE NÚMERO”. A veces me pedían que le agregara un “TE QUIERO”, y lo hacía. Me paré en la puerta de la bodega. Se me acercó Laurie a decir algo.

—Borra de vez en cuando la memoria del teléfono... es... eh... es... por seguridad. ¿Okay?

—Okay, ya la borro.

Revisé la memoria. Había 567 mensajes en la bandeja de salida. Madres con noticias. Novias sin tanta angustia. Hijos que corrían a ver el celular y después sonreían. Los borré todos y me quedé helado. Cerré con llave la bodega. No cerré la farmacia. Anocheceía. *De noche siempre me piden medicinas*, recordé. Atendí el teléfono. Se agotaba el saldo. “Ya no puedo mandar mensajes. Hasta mañana que le pongamos saldo”, les decía, y algunos me insistían, me decían: “Bueno, mándalo de tu celular”. Y yo contestaba, “Bueno, pero vente para acá, donde no nos vean, porque luego todos van a querer que les mande uno. Entonces mandaba los mensajes. Llegué hasta a mandar fotos.

—Tómame una foto y envíasela, para que me crea mi mujer.

Luego cené. Un hondureño que trabajaba de albañil en Tenosique, y que yo consideraba mi amigo, me había comprado una Coca-Cola de dos litros. Quise abrazarlo. No lo hice. Le dije al Fray: “Mira nomás lo que nos regalaron, y puse el refresco en la mesa donde comía. Dijo: “Ah, pos bueno”, con muchísima alegría, y a él también quise abrazarlo. Cené arroz y una lata de atún con galletas saladas. Me tocaba la guardia a mí. Aguanté hasta las cinco de la mañana, luego me fui a dormir.

Soñé que se me pudrían las uñas de los pies, pero no era cualquier podredumbre, no, ésta tenía forma de mineral dorado, que se me empezaba a juntar debajo de las uñas. En el sueño me arrancaba las uñas con unas pinzas y me las enjuagaba con agua fría (agua que no se podía conseguir en Tenosique). Los pies me quedaban entre grises y morados, pero aún servían para caminar. A la mañana siguiente desperté y Laurie se estaba bañando. No había nadie más en la habitación. Me vestí, me puse mis huaraches (revisé mis uñas) y tomé el radio. Lo sujeté a mi cinturón y salí del cuarto, asegurándome de que la puerta, que no podía abrirse por fuera, cerrara bien. Antes de servirme el desayuno, el radio comenzó a sonar.

—¿Alguien? —dijo el Fray.

—Aquí Andrés. ¿Qué pasa, Fray?

—Andrés, ¿sabes dónde está Laurie? Unas personas la están buscando para que vaya por su dinero.

—Está en el cuarto bañándose.

—... ¿Están juntos? Ah... perdón.

El Fray, no sé bajo qué argumento, pensó que nos estábamos bañando juntos. Debió haber sido la línea de radio. Agradecí la confusión y no hice por corregirla. Necesitaba una victoria, por pendeja, ilusoria y absurda que fuera.

## XII

Un par de veces llegó al albergue un tipo al que le decían el *Buda*, pero no era gordo y tampoco era budista. Era querido en el albergue, sobre todo por los más jóvenes, que se acercaban a escuchar sus chistes. Nunca hablé personalmente con él, nadie de mi grupo habló personalmente con él, sólo lo veíamos llegar y lo seguíamos con la mirada hasta que se sentaba en el comedor. Llegaba cuando atardecía, antes de que los hombres se fueran a jugar fútbol. Ahí los agarraba a todos y se ponía a platicar. Era guatemalteco y vivía del otro lado de la frontera. Los que lo conocían me aseguraban que venía al albergue por gusto, para entretener a los recién llegados, para distraerlos de pensar en lo que se avecinaba, para hacerlos reír con sus chistes sacados de alguna revista para adultos, una especie de servicio social entre iguales, el servicio social más honesto que puede haber, a mi parecer. A veces el *Buda* pedía un plato de comida, y los cocineros se lo pasaban de buena gana. Terminaba de comer y se sentaba a jugar naipes y fumar con los muchachos. Duraba en el albergue un par de horas, luego se marchaba. Yo no tenía motivos para desconfiar de él, salvo uno: ¿de dónde sacaba dinero? Es que ese hombre es coyote, decían.

Los coyotes eran las personas más odiadas en el albergue, competían, incluso, con los agentes de Migración y la policía,

que a efectos prácticos vienen a ser de la misma camada. (Aun así, una patrulla vigilaba día y noche el albergue). Al momento del registro, si alguien nos parecía sospechoso, guardábamos su foto en una carpeta, lo comentábamos entre todos, y cuidábamos sus pasos. A veces nos equivocábamos y nos daba vergüenza, otras acertábamos. Nos fijábamos en su apariencia. Cruzar México de punta a punta es de las cosas más difíciles de hacer en el mundo. En ese camino cabe todo el nerviosismo, toda la confusión, todo el enojo, toda la tristeza, todo el sudor, toda la mitología, todas las oraciones. Evidentemente, el camino es un desorden. Así que ese tipo que entra sin un pelo en el rostro, sin quemaduras en la piel, caminando bien erguido y llenando el aire de olor a recién bañado con su mochila comprada en México y que contesta distraidísimo las preguntas del registro, siempre será sospechoso. Si llegábamos a dudar, el grupo de cocineros (la mayoría de ellos también estaba en el equipo de vigilantes) nos lo confirmaba.

—Ese tipo de allá es coyote. Quiere cien dólares por sacar a un grupito. Los está convenciendo. Para que lo saques, vos.

El tipo ese no llevaba mochila, pero hablaba con una agilidad de diablo con un grupito de mujeres. Constantemente sacaba un celular de su bolsillo, tecleaba algo, y lo volvía a guardar. Lo cacé con la mirada. Estaba en una especie de jardín, entre el dormitorio para mujeres y la llave de agua que servía de ducha para los varones. Llamé por radio al Fray para ponerlo al tanto de la situación. El Fray sabía que constantemente entraban coyotes y que no siempre se daba la ocasión para atraparlos, así que me dijo con una voz de cazador frustrado:

—Muy bien. Para que lo saques de inmediato.

No se hable más, entonces. Volví la mirada y ahí seguía. Lo miré fijamente por mucho tiempo, hasta que se dio cuenta de que lo veía. Inmediatamente después se puso a caminar pesadamente hacia la salida. Me acerqué, lo miré a los ojos y le dije:

—Oiga usted, ¿está registrado? Si no, pase para que lo registre.

—Ya me iba, ya me iba.

—Váyase entonces.

—No me apure, hombre. Yo solito puedo.

Lo seguí a una distancia prudente hasta la puerta del albergue.

—No me siga, ¿usted quién es para apurarme?

—Mire, allá afuera hay una patrulla que está enteramente a disposición del albergue, eh.

—Tú estás en mi tierra, puto. Cuando quiera te damos un levantón, hijo de tu chingada madre. Pinche bola de culeros. Me la pelan —escupió contra el suelo del albergué y se largó.

No es difícil enfrentar a alguien y verlo a los ojos. Lo verdaderamente difícil es sostener la mirada cuando el otro quiere verte destruido.

#### XIV

En el comedor, a lado de un póster con recomendaciones para el viaje (que incluye un mapa de la República Mexicana donde se marca la ubicación de varios albergues de confianza) hay un cajón de madera atornillado a la pared. Sirve de librero.

La biblioteca de La 72:

Una biblia con una funda de cuero. Editada en 1978, con una nota hecha con bolígrafo en la primera página: “G. Palafox. Durango, Dgo. 1980”.

Una antología poética de Nicolás Guillen, Neruda y León Felipe titulada *Huellas de dolor y esperanza*. Portada blanca con el relieve de tres aves volando, el sol de fondo, y tonos rojos del atardecer (o amanecer). Editores Mexicanos Unidos, 1976.

Una antología de poetas centroamericanos titulada *La poesía es un arma cargada de futuro*; en 1968 la publicó Ediciones La Escopeta. Parece que si alguien más lo lee, el libro va a desvanecerse.

Los *Doce cuentos peregrinos* de García Márquez, edición impecable de 2010.

Un libro de oraciones de los pastores evangélicos. Portada azul de cartón. Orillas raídas. Ningún dato editorial.

*El amor, las mujeres y la vida*. Mario Benedetti. Portada rosa con una flor. Hojas amarillentas. Edición de 1996 con algunos poemas subrayados.

*Aquí va un soldado de América*. Libro rojo y muy desgastado. Ernesto Guevara Lynch. Portada con la foto famosa del Che. (La pequeña clínica del albergue se llama “Módulo de salud Ernesto Che Guevara” y está pintada con un mural del Che). Primera edición de 1987.

Varios libros de bolsillo con oraciones. Tapas de cartón. Colores: verde, azul y rojo. El rojo: oraciones a María. El verde: una compilación de salmos. El azul: oraciones de santos. Editados por la Diócesis de Celaya en 2012. Cada día hay menos de esos.

Una pila de folletos con información de Derechos Humanos

Oraciones, poemas, cuentos, cartas, leyes. Ninguna novela. Puedes leer un poema entre comidas. Puedes leer un pasaje del evangelio antes de la siesta. Puedes leer un salmo antes de irte del albergue. Puedes leer un cuento después de jugar fútbol. Puedes leer una carta antes de llamar a tu familia. Una novela, no.

Ninguna novela. No habría tiempo para leerla.

## XV

Era de noche y a la distancia no éramos más que unas diminutas luces rojas y volutas de humo de tabaco. Del otro lado, a unos metros de la reja del albergue, una patrulla vigilante ocupada por un par de policías que no se distinguía si estaban dormidos, platicando, o alerta a cualquier situación. Esa era la imagen que te topabas si caminabas de noche por la calle mal iluminada, llena de piedras y dispareja que llevaba al albergue. Una imagen que (yo trataba arduamente de convencerme) haría que cualquier criminal titubeara antes de asaltarnos. Noche de hacer guardia. El turno de esa noche estaba distribuido en dos grupos. Uno, el más pequeño, al fondo del albergue, resguardando el dormitorio de mujeres y a los migrantes que dormían, por no caber dentro, en el comedor al aire libre. Podíamos oír sus voces hasta donde estábamos nosotros, al otro lado del albergue, justo en la entrada. Sentados en la banqueta de concreto pulido, cuidando la puerta. Fumábamos tabaco guatemalteco y bebíamos café para mantenernos despiertos.

tos. Nos quedábamos así, escuchando la radio nocturna de Tenosique a través de un celular (una radio que de madrugada sólo escuchaban los parroquianos de las cantinas y nosotros) esperando los primeros colores claros del cielo, casi en silencio, interrumpidos sólo por los que salían a orinar. Al principio de la guardia se platicaba mucho. Yo escuchaba atento y en silencio, porque solían hablar de los huéspedes que parecían sospechosos. En realidad yo esperaba que contaran historias, las historias que uno cuenta de noche, pero supuse que para eso haría falta afinarnos con alcohol, lo cual era imperdonable; éramos la comisión de seguridad y teníamos que actuar como tal.

—¿No habla? —me preguntaron.

Sólo hice un gesto con la cabeza y calé mi cigarrillo. Se quedaron en silencio y deshicieron las distancias necesarias para escucharse. Uno de ellos tomó asiento a lado mío. Yo descansaba las piernas, bostezaba y me estiraba. Sentí latir las plantas de mis pies.

—¿No tienes fuego? —dijo mientras me enseñaba un cigarrillo.

Saqué el encendedor de mi bolsillo y se lo encendí. Se le iluminó la cara. Era joven, muy joven.

—Hombe, Andrés, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Dígame, ¿qué pasa?

—Vos, ¿verdá que no sos padrecito? ¿Qué haces aquí entonces?

—Es parte de mi trabajo.

—¿Esto? ¿Es parte de tu trabajo? ¡Fuck! Vaya trabajo...  
¿En qué trabajas?

—Bueno... no estoy trabajando propiamente. Soy voluntario. Vengo aquí a ayudar... espero servir de algo a la gente de tu país.

—Ja. Toda Honduras pasó por aquí, ¿ah? Lo puro hondureño se va a ver en esa película... vas a decir que dejamos solo el país... Pero mira, ¡aún estamos en Honduras, vos! ¡Mira acá, mira alrededor!

Señaló el campo, el camino de terracería, el dormitorio de hombres, la basura en el albergue. Los dos nos reímos. “¿Qué nos queda?”, pensé.

—¿Tú a qué parte vas?

—No sé, al norte. Dios primero.

—¿Ya has estado antes en los Estados Unidos?

—No, nunca, es mi primera vez.

—¿Tienes familia allá o algo?

—Nada.

—Ah... ¿Vienes con ella, con tu familia?

—Vengo nomás con la virgen de Suyapa.

Miró las estrellas. Caló su cigarrillo, luego soltó el humo poco a poco, primero por la nariz y luego por la boca. Vi cómo el humo bailaba en la oscuridad hasta desaparecer.

—¿Desde cuándo fuma, hombre? —pregunté.

—Desde los quince, ¿y vos?

—Desde hace poco... deberíamos dejarlo.

—Aún no, me hace falta todavía. Hasta que llegue allá lo deajo.

—¿Qué vas a hacer allá?

—No sé bien, lavaplatos, jardinero, albañil, lo que sea, allá pagan en dólares. Pero ah, le diré, Andrés, antes fui can-

tante. Allá en Honduras. Daba recitales y la gente iba. Las nenitas iban. Mi nombre de cantante era Gold Child.

Una sonrisa esbozaba en su rostro.

—¿En serio? ¿Y qué cantabas?

—Carajo, no traigo mi celular. Ahí tenía unos videos de unas cancioncitas. Ah, cabrón, si hubieras visto. Las hembras bailaban. Fuck, man.

—¿Y por qué saliste, entonces? ¿No te iba bien?

—Ah, nambe, Andrés, sí me iba bien. Las hembritas me querían, me buscaban. Vivía en La Ceiba, en la playa. Cantaba en un bar pegado a la costa, reggae, cerveza... ya sabe. La fiesta... todos en la fiesta... Yo empecé a ganar buen dinerito, ya sabe, me lo gasté en mi madre, en mi mujer... empecé a construirle su casita y todo eso... Pero no vaya usted a juzgarme, trabajaba en un bar de playa, mucha perdición, ¿sabe? Empecé en el vicio. Empecé a deber dinero. En Honduras te matan por cincuenta pesos. Puedes ir y decir, ten, un dinerito, pero mátame a este negro. Me dieron varios tiros.

Me enseñó su mano. Tenía los nudillos gordos. Unas cicatrices se la deformaban.

—Casi me la terminan amputando.

Luego se levantó la camisa, y a pesar de la noche, pude ver sus cicatrices. Heridas de bala. Tres cicatrices pequeñas.

—Tenían mala puntería. No me tocaron ni un órgano vital, dijo el doctor. Mi mamá me dijo que me fuera de ahí, que si me quedaba me iban a matar ahora sí. Le dejé un dinero a mamá, otro a mi novia, y a ella le dije que se escondiera, que se fuera con sus papás y me esperara. Me dio mucha tristeza, dejé la casita en los puros ladrillos. Me gustaría regresar,

mandarle su dinerito para que la termine, pero la verdad creo que no puedo. Voy a ver si puedo establecerme, y a ver si me traigo a mi nena conmigo, junto con mi mamá.

—¿Y ya hablaste con ellas?

—Les mandé un mensaje de texto en el celular ese que tienen acá, pero no me han llamado de vuelta.

De su cigarrillo sólo quedaban cenizas. Me pidió otro y se lo di. Le volví a dar fuego.

—Y usted, hombre, ¿qué cuenta?

Lo miré a los ojos y me encogí de hombros. Él se levantó y se fue a recargar en la reja del albergue. Hacía una noche caliente y sin luna. Se oían los perros ladrar. Se oía quedito la radio; música de acordeón y guitarra. Tomé mi linterna y me puse a caminar por el albergue. Evitaba a toda costa quedarme dormido.

Me quedé parado en un pasillo, escuché el rumor de la noche, y volví a tomar asiento en la banqueta del albergue. Se oía el pasar de los coches en la carretera, la última carretera de México.

Entre todos los sonidos de la noche, apareció el que importaba, el que le importaba a todos ahí: el tren pitó a lo lejos.

Todos en la guardia nos miramos a los ojos, como confirmando si en verdad habíamos oído aquello. El tren volvió a pitar.

Corrimos, yo a abrir el candado de la puerta, y los demás a despertar a todos. Gritaban: “¡El tren, el tren, ahí viene el tren!” “¡La Bestia, ahí viene la Bestia!”. No había pasado en tres días y el albergue estaba repleto. Durante esa cena habíamos servido más de trescientos platos. Se acabó. La

madrugada de Tenosique se convirtió, de un momento a otro, en una estampida. El sonido de los pasos sobre la tierra, el polvo levantado apenas perceptible en la oscuridad. Nadie veía aquello, salvo nosotros. Vimos al Fray y a Laurie correr hasta la camioneta. Súbanse los que faltan, gritó el Fray. Vi a la pareja herida salir del cuarto de Laurie y meterse en la camioneta. Vi que el Fray esperó a que estuviera repleta y arrancó. Salían familias, algunos niños despertaron en los brazos de sus padres, corriendo del albergue hacia las vías del tren. Rápidamente el albergue se vació y quedó quieto de nuevo. El tren pitó otra vez, cada vez se oía más cerca. Ahí estaba el Fray, al pie de la vía, dando instrucciones a toda la gente. No había policías como otras veces. Un grupo de jóvenes se apostó en las vías. Levantaban las manos. Dos grupos más los acompañaron. Le hacían señas al maquinista, que correspondió apagando la luz del tren dos veces. Gritaron victoria. El tren empezó a reducir la velocidad y volvió a pitar ante el aplauso de la multitud. Algunos rezaban, se persignaban antes de poner el pie sobre las escaleras de metal del tren. Se decían: vamos a cuidarnos, vamos a quedarnos juntos, nosotros, que ya nos conocemos, debemos cuidarnos, debemos cuidar a las mujeres y a los niños. Algunos se metían piedras en los bolsillos, algunos arrancaban ramas de los árboles cercanos y se las guardaban, como espadas, en sus morrales. Un niño lloraba mientras su padre lo jalaba violentamente hasta el techo de un vagón. El Fray gritaba: los vagones-pipa no, no tienen vagones para acostarse. Algunas mujeres tendían sus cobijas en las plataformas metálicas del tren; preparaban la cama a sus hijos. Los que ya estaban aco-

modados saludaban a la cámara desde arriba de los vagones. Vi las manos abiertas de la pareja herida despedirse desde arriba de un vagón. El tren se puso en movimiento. El Fray se acercó para decirme que me fijara en los que se habían subido de último al tren.

—Fíjate en esos cabrones. Hijos de su chingada madre —dijo.

Yo voltee y vi a un par de encapuchados trepar como soldados por las escaleras del tren. Los alumbré con la lámpara y voltearon a vernos. Lo único que se veía de ellos eran sus ojos: unos ojos amarillos y violentos. Su cara estaba detrás de un paliacate, pero creo que sonreían. El tren aceleró y algunos aullaron. Oí que alguien gritaba mi nombre.

Era *Gold Child*, sonriéndome desde arriba y despidiéndose de mí.

## XVI

—Necesito vacaciones —dijo Laurie en la mesa, mientras comíamos. Yo solté mi cuchara y me quedé viéndola. El Fray murmuró una risa y le contestó:

—Yo también necesito. Pronto me iré. ¿Quieres venir?

—Ah, sí.irme es lo que necesito. ¿A dónde irás?

—Me voy a la sierra. Uy, pero creo que no aguantarías. Es un día de camino y se hace a caballo. No suben camionetas.

—¿Qué es lo que dice?

—Sí, sí, lo que oíste. Es un viaje que hago cada año, a la montaña. Un monje amigo vive ahí en la montaña, es casi llegando a Chiapas. Ahí voy a descansar de todo esto. Si crees aguantar, puedes venir. Allá hay aguas termales. Aunque no

hay cabañas, ni internet ni cosas de esas, se duerme en casas de campaña.

—¿Dice que hace un día de camino para eso?

—Ah, sí, y a caballo. ¿No me crees? Los latinos hacemos esas cosas. Velos a ellos. Viajando a pie por días para llegar a esto —dijo, mientras golpeaba con el índice la mesa.

—No, Fray, no, sólo... estoy cansada... necesito estar sola un rato. Me iré a Palenque, revisé en internet y ya reservé un hotel. Me voy hoy mismo. Además, voy a ver el albergue de allá, para mi investigación.

—Está bien, Laurie, haga lo que quiera. Igual es voluntaria aquí. Nadie está a la fuerza.

Tragué hondo.

Se acercaba la semana santa, que muchos aprovechaban por el velo de divinidad que la cubre, para salir de su país con un buen augurio. Ese día servimos más de trescientos platos de comida.

Tomé mi lugar en la bodega de ropa. Tres niños jugueteaban con mi permiso entre las pilas de ropa. Eran hermanos y habían llegado ese día por la mañana. Se paseaban descalzos por las montañas de ropa y me decían: “¡Cuánta ropa, Andrés, cuánta ropa! ¡Y ni una nos queda! ¡Ni una, vos! ¡Pero ni nos hace falta, nuestra mami sí nos trajo ropa! ¡Y la lava si se ensucia! ¡Eso hace ella, lava ropa todo el día! ¡Ropa que ni es nuestra! ¡A que está loca, vos?” Luego vieron los colchones de espuma que guardábamos en aquella bodega y se pusieron a jugar en ellos, saltaban de uno a otro, corrían hacia las pilas de colchones que se formaban, se lanzaban sin hacerse daño. Duraron así un buen rato. Después se acostaron en ellos y se

quedaron dormidos hasta que Laurie entró para despedirse.

—Me voy, ya sale mi camión y el Fray se fue y no ha llegado para que me lleve.

—Ah, yo te llevo.

—¿En serio?

—Sí, espérame.

Una vocecilla gritó:

—¡Está hablando con su novia!

Laurie y yo reímos.

—Estos niñitos... salgan ya, que me voy a ir y no puedo dejarlos aquí... a menos que quieran quedarse, encerrados... —amenacé.

Salieron y cerré con llave. Le avisé por radio al Fray y nos fuimos. Ya en la camioneta, Laurie volvió a agradecerme.

Cuando paramos en el único semáforo del pueblo un joven nos ofreció rosas frescas. Las acababa de salpicar con agua para darles un toque más vital, vi cómo lo hacía. Cuando bajamos el vidrio, además de sentir cómo la humedad apretaba nuestra piel, vimos las rosas mojadas entrar por la ventana del auto.

—Cómprame una, ándele, para la damita

Voltee a ver a Laurie y estaba sonriendo.

—Ya está.

Habíamos llegado a la central camionera.

—¡Qué te vaya *mucho* bien! —dijo al salir del auto.

Antes de despedirnos, me dio un beso en la mejilla. Se le veía feliz y tranquila. Al verla así, me dieron ganas de llevarla yo mismo a Palenque, pero puse en reversa el coche, tomé la carretera y volví al albergue. Atardecía en Tenosique. El

Fray había llegado. Hablaba con un grupo de recién llegados y antes de que yo pudiera escuchar cualquier cosa, me dijo:

—Vente, dicen que hay un grupo grande allá atrás, que está varado, y que hay mujeres embarazadas, pero córrele.

—¡Ah! Y, los de la cocina, ¡atiendan a esta gente! —gritó y abrió la puerta de su camioneta. Yo salté dentro.

El sol ya estaba atrás de los montes. Las lámparas de la calle apenas se encendían, llenando las calles que recorríamos con una bruma amarilla. Nos adentrábamos en los últimos barrios de México, barrios viejos con banquetas irregulares y mesones húmedos. La gente estaba sentada en sillas de plástico afuera de sus casas: mujeres con camisones frescos y bebés sentados en sus piernas, hombres ventilándose con sus camisas y bebiendo cerveza. Niños corriendo de arriba-abajo por las calles, escondiéndose detrás de las macetas de sus abuelas. Muchachas recién bañadas riendo afuera de las tiendas. Manadas de muchachos en motoneta pasando afuera de las tiendas. La música de los autos recorría toda la calle, canciones hechas para bailar pegado. Una jauría de perros ladraba desde la azotea de una casa. Pasamos fuera de una cantina y las cumbias hicieron vibrar los vidrios del auto. La noche no tardó en llegar. Aceleró y a los lados ya no veía solamente casas; árboles y vacío se intercalaban. Adelante, la luz de la camioneta, que cada vez se iba haciendo la única luz, alumbraba un letrero. Indicaba que estábamos en la carretera El Ceibo. Más delante, la nada, el margen verde y abandonado, ni Guatemala, ni México, sólo el camino. A los lados de la carretera, allá lejos, pequeñas colonias de luces que aparecían y desaparecían; pueblos sin cementerio. El

camino serpenteó. La camioneta del Fray aceleró más. Todo lo que oíamos era el golpeteo metálico de las piedras sobre el pavimento contra el fondo del auto. Las copas de los árboles tapaban el cielo, pero entre rama y vacío, la luna detrás de unas vastas nubes. De repente, un rayo. El Fray dijo:

—Todas esas nubes nos van a llevar a la mierda.

Y yo miré al cielo, vi las nubes, y pensé lo mismo. Luego apareció el grupo, caminando en fila por la orilla de la carretera. Nos vieron, tocamos el claxon, y corrieron hacia dentro de la selva. No habrían ni corrido diez metros, cuando el Fray saltó de la cabina, y con su túnica de monje, la túnica de monje más útil del mundo, los convenció de que éramos gente del albergue, y que ahora estaban a salvo.

—Miren, él es Andrés. Es voluntario en el albergue. No se asusten.

Conté a los que subieron. Dos mujeres y dos hombres en la cabina, y diez muchachos en la caja de la camioneta.

Una mujer con un niño en los brazos. Pidieron agua y el Fray les regaló la botella que estaba tomando. El niño, sentado en las piernas de su madre, bebió toda el agua.

—¿Cuánto tiempo llevan caminando así? —pregunté.

—Todo el día.

—Descansamos un rato bajo un árbol, pero igual el calor pega.

—¿Tuvieron problemas en el camino?

—No, los hombres nos cuidaron. Ahí viene mi esposo.

—¿Todas vienen con alguien?

—Yo vengo sola.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—A ella nos la topamos en el camino, así recogimos a varios. Nos juntamos paacompañarnos, vea.

Los vi por el retrovisor y todos asintieron. Tenían los ojos bien abiertos.

—¿Es la primera vez que cruzan la frontera? —retomó el Fray.

—Sí, la primera.

Y asintieron todos de nuevo, volví a ver por el retrovisor. Lejos, detrás de nosotros, había un par de luces acercándose. Al principio las ignoré, hasta que pude distinguir que ya no eran sólo un par de luces. También había una sirena.

Era una patrulla de la migra.

El Fray se detuvo. Lo vi bajar de la camioneta. Yo me quedé en el asiento y les dije en voz baja a las mujeres:

—No se bajen.

Un agente de migración salió de la patrulla. Llevaba una linterna. El Fray y él hablaban. Más bien, el Fray hablaba y el agente movía la cabeza de vez en vez. Revisó el gafete y se acercó hacía mi puerta. Me apuntó con la linterna a la cara y me dijo:

—Identifícate.

Saqué mi cartera y le pasé mi IFE.

—De Coahuila —dijo. La vio unos segundos, le dio vuelta y me la regresó.

Luego el Fray los alcanzó y dijo:

—Estamos haciendo labor humanitaria. Háblale a tu jefe, el licenciado Covarrubias. Él me conoce.

“La túnica más útil del mundo”, pensé yo.

El agente se acercó a la ventana de pasajeros y alumbró a las mujeres. Estaban pálidas y cerraron los ojos. Luego se volvió y dijo:

—Okay. Váyanse pues. Pero no vuelvan a subir a tanta gente... es peligroso.

El Fray subió al asiento de copiloto y cerró de un portazo. Miró a las mujeres y dijo:

—De llegar más tarde por ustedes, nos las trepan.

Aceleré. Volteé a ver el cielo. Las nubes seguían ahí. Más truenos. Las mujeres se quedaron dormidas hasta al albergue, aunque bien pudieron estar desmayadas. Esa noche no llovió.

## XVII

Pero el día siguiente sí. El viento olía a selva mojada. Los migrantes entraban al albergue en silencio, cubiertos con bolsas negras de plástico y las botas llenas de lodo. Se amontonaban bajo el techo de las cabinas de registro, algunos sentados, algunos de pie, todos esperando su turno para ser registrados. Terminado eso, pasaban a cualquiera de los techos disponibles del albergue: el del pórtico despintado de la capilla-dormitorio; el de lámina del comedor y cocina; o, pegados a la pared, cubriéndose de la cortina de gotas escurriendo del techo. Era domingo, domingo de ramos. Lo supe porque mientras estaba mirando las huellas de lodo en el piso de la bodega, un muchacho se me acercó y dijo:

—¿No vaber misa?

—Qué yo sepa, no. Aquí nunca hay misas.

—¿Ni en domingo de ramos?

—No sé.

Tomé el radio y llamé al Fray.

—¿Vaber misa? —dije—. Ya sabe, por el domingo de ramos.

—Diles que me esperen —contestó.

Antes de la hora de la comida, el Fray convocó a todos al comedor. Esperó a que estuvieran en silencio, y le pidió a un par de flacos que le acercaran una mesa. A una muchacha le pidió que pusiera ahí la biblia que estaba en la biblioteca. Luego pidió un encendedor y colocó una vela gorda y amarilla sobre la mesa, no sin antes poner un paliacate rojo de mantel. Miró a toda la gente ahí reunida y después dijo:

—Bien. Vamos a empezar una ceremonia religiosa. No importa si son católicos, protestantes o si les habla el muerto, todos pueden quedarse.

Los que traían gorra se la quitaron. Nadie se fue de ahí.

—Hoy es domingo de ramos. En la tradición católica se celebra la entrada de Jesús de Nazaret a Jerusalén. Vamos a leer los episodios del evangelio donde se conmemora esto. ¿Alguien que me ayude a leer?

Inmediatamente después de haber lanzado la pregunta al aire, un hombre macizo la agarró.

—Yo, Fray. Yo leo.

—“... encontrarán un burro amarrado que *ningún* hombre ha montado *todavía*...” “...mira que tu rey viene a ti con toda sencillez, montado en un burro, un animal de carga...”

El tren. La Bestia. Un animal de carga. Sus bramidos metálicos. El burro de acero del progreso nacional. Montado, un montón de reyes desnutrido y sonriente.

—“Mi casa será llamada ‘Casa de Oración’ pero ustedes la han convertido en una cueva de ladrones.”

Llovía interminablemente. Algunas gotas se colaban entre las láminas del techo y caían en medio del patio. Un charco cada vez más grande y que a cada momento se ponía más sucio manchaba la túnica del Fray.

—“... esto es Palabra de Dios”.

Oímos nada más el golpeteo de la lluvia. Nada salió de nuestras bocas. Todos estábamos viendo al Fray, que respiró hondo y llenó con su voz todo el albergue:

—Tenemos más en común con Jesús de lo que creemos. Ustedes, que se mueven impulsados sólo por su espíritu, ustedes que llevan una promesa, la promesa más grande del mundo, ustedes tendrían a Jesús de discípulo. A él lo recibieron con ramos en el aire, con vítores. Ojalá a ustedes los recibieran así. A ustedes, los profetas de sus pueblos; los que salen buscando la vida, hombres y mujeres con sueños, con hijos, con bondad y trabajo, a ustedes los persiguen. Y les han hecho creer que es culpa suya ser perseguidos. Les han dicho lo que les toca sin siquiera voltear a vernos. Y lo que les toca no es más que un pedazo de tierra muerta, un espacio en la nota roja, apenas un lugar en la cadena de la producción por el que hay que competir hasta la última consecuencia. A ellos les conviene que nos masacremos entre nosotros. ¡Volteen a verse! Los que mataron a 72 migrantes en San Fernando, Tamaulipas, los que secuestran, los que violan, los que torturan; yo sé que algunos están aquí ahora mismo. ¡Volteen a verse! ¡Tenemos los mismos ojos! ¡Estamos caminando la misma tierra! Abran los ojos, vean a las madres que sufren,

las novias sin noticias, los hijos que se quedan esperando. Vean la inmensa tragedia que es esto. Una tragedia que no termina; que un hombre no tenga para dar de comer a sus hijos, a la mujer que ama; que tenga que atravesar este campo de muerte que es México para poder siquiera levantar unas paredes que pueda llamar suyas; que los jóvenes que aquí llegan lleven cicatrices en todo su cuerpo, que un niño no esté jugando en su barrio sino subido en ese tren que no le tiene piedad a nadie. Yo no creo que eso sea voluntad de Dios, yo no creo que eso sea voluntad de Dios. Por eso vamos a irnos con ustedes en caravana. Hoy, domingo de ramos, les anuncio que haremos la caravana migrante, haremos el viacrucis hasta el norte con ustedes. Vamos a salir de Guatemala en esas lanchas que usan, y vamos a ir hasta dónde están ellos, bien cómodos en sus sillas y les vamos a decir en la cara: en México se violan los derechos humanos. Si ellos no vienen a vernos, nosotros iremos a verlos. A reclamar lo que nos toca. Y vamos a llegar hasta la frontera.

Se cayó el albergue en aplausos y aullidos. Aplaudí hasta que las palmas se me pusieron rojas y pensé en la llegada de Jesús a Jerusalén. El monte del calvario, donde se veían tres cruces, la del mal ladrón, la de Jesús, y la del buen ladrón; el espacio donde Jesús encontró la muerte estaba en Jerusalén. El buen ladrón, antes de morir, le dice a Jesús que se acuerde de él cuando esté en su reino. Jesús le responde: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Y eso no se me olvidaba.

Terminados los aplausos, el Fray dijo:

—Bueno, bueno, primero que nada, vamos a comer, que ya hace hambre.

Traté de llegar a la cocina, pero se acercaron tantos a preguntarme si me iría en la caravana, que prácticamente me mantuve anclado al piso conversando con caras que aparecían y desaparecían.

—¿Te vas con nosotros en la caravana? ¿Vienes pal norte con la raza? ¿A poco te vas a subir vos al tren? ¿Sí aguantas? Vámonos juntos. Si llegamos al norte, le voy a regalar algo. Si a mí me dicen que nos van a llevar ustedes al norte, yo le creo, y le digo que ustedes y el Fray se van a ir al cielo. ¿A poco no nos van a cobrar nada? ¿Se va a arriesgar a ir con nosotros en el tren?

Yo decía que allá los vería, en Veracruz, en Amatlán, que ya me iría, yo empecé a caminar y ellos me seguían hablando/ vaya pues, está bien, *hombe*, así sea, cómo usted vea, allá lo veremos, véngase con nosotros, *hombe*, ah, pásame su número pablarle pa mantener contacto, ¿tiene Facebook?, agrégume pa seguir viéndolo aunque sea en fotos, pero de veras nos vemos eh, no se olvide de la raza, /y llegué a la puerta de la cocina.

Cuando me dispuse a entrar, me jalaron del hombro. Una mano pálida de uñas largas, una mano con piel agrietada y correosa. Un brazo corto con cicatrices, un tipo en los huesos. Llevaba una playera blanca de tela borrada que dejaba ver unos rudimentarios tatuajes negros. Me dijo con la mirada clavada en mis ojos:

—Me quiero confesar, dónde está el Fray.

Él no lo había visto, pero el Fray estaba detrás de él.

—Aquí estoy —dijo—. Y ahorita lo confieso, pero coma primero.

—No, de una vez —contestó. Noté que su ojo se iba de sus órbitas por un segundo.

—Es mejor que coma, porque la bendición que yo doy es muy fuerte y no me la va a aguantar —amenazó.

El tipo rio, tomó un plato de arroz y se puso a comer en el piso. Delante de él estaba una muchacha negra que había llegado ese día. Era hermosa y estaba sola. El tipo se acercó a ella con una sonrisa de reptil y sólo pude leer sus labios. Distinguí varias palabras y frases: *nombre, tú y yo, aquí, cómo quieras*. Su voz me taladró el corazón. Llamé al Fray por la radio y le dije:

—El tipo ese de la confesión, se ve medio loco.

—Sí. Yo le echo un ojo.

Se me había ido el apetito. Atendí a varios migrantes, envié los últimos mensajes, me despedí de mi puesto de enfermero y abrí la bodega para dejar una parte de la ropa que había llevado. Me quité mis huaraches de cuero empapados por la lluvia y los dejé en la habitación. Limpié mis pies húmedos, sucios y fríos por la lluvia, y me puse unos calcetines limpios para calzarme las botas que había abandonado en una esquina el día que llegué. Parecía que llevaba meses en el albergue, pero había sido poco más de dos semanas. Metí en una bolsa unos pantalones, un par de playeras, tres pares de calcetines, y la dejé en la bodega como en una especie de pacto, una especie de lección retorcida de civismo, o de sentido común, o intentando obtener algún tipo de perdón.

Me fui a las ocho, antes de que sirvieran la cena. El Fray juntó a todos para que nos despidiéramos. No dije mucho:

—Bueno, ya me voy. Gracias por todo. Dios los bendice.

Hasta luego y arriba Centroamérica. Buenas noches a todos. Nos veremos pronto —dije.

Aplaudimos. Luego muchos me abrazaron y se despidieron. Me decían, sabiendo que igual me iría, que no me fuera. Pronunciaban su español centroamericano, el español más cálido que he oído en mi vida. El Fray fue el último en despedirse:

—Cualquier cosa, ya sabes dónde andamos.

Salí a pie. Atrás un montón de siluetas que me conmovían, adelante todo a lo que estoy acostumbrado. Me quedo en silencio viendo la selva nocturna y mojada. ¿Será mejor irme?

Arranco de golpe. Pero recuerdo que no me queda dinero. Me dirijo al centro de Tenosique. Busco un cajero. La calle está encharcada. Lo encuentro. De mi cuenta saco tres mil pesos, que me guardo en la cartera. Delante del banco hay una tortería. Ceno ahí. Corro por la calle, llueve despiadadamente. Me siento en la primera mesa que veo, después voy al baño. En el baño del albergue no había espejo, pero en este baño sí hay. Llevo dos semanas sin verme en un espejo. Estoy más flaco que nunca. A pesar de que me arde la piel por el sol, me veo pálido. ¿Habré enfermado? Mientras ceno, pienso en Laurie. Ella también estaba más flaca, pero no se veía pálida, se veía cansada, sucia y hermosa. El Fray se veía calmado, o aparentando estar calmado. Su barba se notaba descuidada. Se veía viejo.

La noche no es silenciosa. Un vago está cantando, camina solitario por la calle y se detiene, murmura algo, luego cambia de dirección. No le importa la lluvia. Me ve fijamente a

la distancia mientras se mete la mano a la boca, ¿ahogando un grito? ¿Mordiéndose las uñas? Su mirada no se resiste a mí, está escudriñándome, tratando de reconocermé. Sigue caminando hacia mí. Pido un taxi. Me agacho a tomar mi maletas empapadas. Antes de ponerme enteramente de pie, me golpean la cintura. Suelto la maleta. En mi bolsillo hay una navaja suiza. Meto la mano y tomo la navaja con fe. Me volteo y antes de sacarla, veo al loco del albergue que quería confesarse.

—Cuidado, chavo —me dijo. Él fue el último migrante que vi en Tenosique.

## XVIII

Le pedí al taxista que me llevara a la camionera, pero me dijo que ya no había salidas. Lléveme entonces al hotel más cercano a la central, le dije. Pensé en volver y pasar la noche en el albergue pero sentía la necesidad física de dormir fuera de ahí, de estar en otra parte. El hotel estaba unos kilómetros fuera de Tenosique, cercano a un pueblo llamado San Román.

Llovía interminablemente. Temblaba de frío; tenía el aire encendido para no sentirme cómodo y no quedarme dormido. Se oía por encima de la lluvia y el rumor del auto sobre la carretera, la música del *Bocanada* de Cerati. El aire helado de la refrigeración me hacía tiritar de frío. Recordé a mi padre, que cuando íbamos de viaje en el auto, atravesando México para huir del frío, ya fuera a Mazatlán o a Sonora, y regresando de madrugada, ponía la refrigeración del auto a tope para no dormirse, para que el frío lo mantuviera des-

pierto, para que nuestros cuerpos no se mezclaran con los fierros del auto.

Las luces de San Román brillaban tenuemente debajo del cielo negro y nublado. El pueblo estaba vacío. El coche saltaba sobre los charcos, una llanta se hundía, el taxista y yo nos sacudíamos. La calle en la que íbamos partía en dos al pueblo, se bifurcaba en callejuelas perpendiculares, calles con farolas amarillas que brillaban bajo la lluvia y formaban un aura que dejaba ver las gotas pasar, luego desaparecer hasta encharcar más el suelo. Avanzaba. Las callejuelas laterales parecían terminar. Estábamos al borde del pueblo. Ahí, unas luces verdes de neón brillaban. MOTEL CALIFORNIA, parpadeo de luz verde.

Pagué y bajé de un salto del auto. Sentí la lluvia meterse por el cuello de la camisa, sentí mis calcetines mojándose. Abrí el maletero y saqué mis cosas. En la recepción, cuatro muchachas fumaban y veían caer la lluvia. A pesar del viento y de la lluvia, llevaban unos shorts y vestidos tristísimos.

—Voy a quedarme una noche —dije.

—Son quinientos, nene —acento hondureño. La luz verde del anuncio brillaba en sus ojos —. ¿Va a querer... compañía? —dijo. Su voz parecía provenir de una pesadilla.

—No, no, mire, tenga —entregué el dinero. Vi al taxi partir bajo la lluvia. Los ojos de ellas siguieron mi mirada. Parecía el auto de un detective en la escena del crimen.

Me dio la llave, un 15 de metal dorado clavado en una madera servía de llavero. El motel estaba tapizado con baldosas color menta. Sobresalían vigas del techo. Mi habitación estaba en una esquina, y dentro de ella había dos camas, una silla, una mesa y dos espejos, uno en el techo, enmarcado

por una pintura que parecía hecha con bastante delicadeza: un cielo azul, lleno de nubes, y en medio dos amantes. El otro espejo, de cuerpo completo, en una pared a la derecha de una cama. La habitación olía a madera vieja, jabón y humedad. Puse mis maletas, llenas de gotitas, sobre una silla.

Sentía las gotas, unas gotas gruesas, bajar por mi cabello, por mi mejilla. Otras bajaban desde el cuello hasta mi espalda. La camisa se me pegaba a la piel. Me había sentado al borde de la cama vacía. Pensaba en las putitas centroamericanas sentadas en los sillones de la recepción, pensaba en sus mejillas, en el carmín de sus mejillas, en sus pestañas, largas y oscuras, pensaba en sus manos, esas manos que se despidieron de sus padres, que acariciaron el pelo de su madre, y que ahora recorrían, en medio de ruidos, en cuartos oscuros, los cuerpos de extraños que les meten billetes por la boca. Pensaba en el Fray, en si ellas habrían pasado por Tenosique. Pude haberlas visto, de eso no hay duda, pude haber evitado que se las llevaran. Pero están aquí.

Me desvestí y me di una ducha. Cuando terminé me acomodé en la cama, con la sábana cubriendo mis piernas. Encendí la televisión. Daban una película vieja de espartanos. Se trataba sobre el regreso de la guerra de un soldado, el héroe pensando en estar dormido junto a su esposa, la esposa pensando en llenarlo de besos en cuanto llegue y decirle: “Mira, te estuve esperando, tu lugar sigue intacto”, y el espartano suelta su espada y su escudo, tan acostumbrado a su tacto, y abraza a su mujer y se siente raro. La esposa del héroe de guerra cubre sus cicatrices y su rostro y le cierra los ojos y lo besa, para que no piense en sus compañeros,

muertos en el campo de batalla. Su mujer, aunque huele bien, no puede llevarse los olores descarnados de la guerra que siempre regresan en la oscuridad de su habitación, y entonces el héroe recuerda su entrenamiento, recuerda que anduvo descalzo sobre piedras filosas y comió raíces y hojas y pedazos de animales, todo amargo. Recuerda los azotes de su maestro; las gotitas de sangre y las tiras de piel levantada en su espalda, y los gritos, y el hambre, y el frío cuando estuvo desnudo, y que una vez lloró y lo volvieron a azotar y le dijeron: “Los espartanos no lloran”. Y el espartano quiere llorar, pero las lágrimas no salen, entonces el espartano recuerda los rostros de los hombres que mató y piensa: pronto volveré a matar, pronto volveré a la guerra y mataré a mis enemigos, pronto. En nombre de la justicia, volveré a matar. Cumpliré la ley de mis padres y honraré a mis ancestros. Y luego el héroe espartano trataría de dormir pero se llenaría de sudor tras las pesadillas de la guerra, llenas de sonidos de espadas que chocan y gritos de dolor y rostros ensangrentados y fuego y ciudades destruidas.

## XIX

Salí del cuarto. Ya había parado de llover. Las mujeres me sonrieron desde la recepción. La luna apenas se entreveía tras densas nubes grises. Encendí un cigarrillo y me puse a caminar hacia la carretera. A los lados del camino, sobre la planicie verde, volaban miles de luciérnagas. Sus lucecitas aparecían y desaparecían sobre el campo, como estrellas que nacen y mueren al segundo.

Por primera vez, calma.

Eché una bocanada hacia arriba. Miré el humo desvanecerse. Miré la brasa acabarse en la colilla. Arrojé el cigarro a un charco. Miré a las mujeres en la recepción y pensé en las mujeres a las que yo había amado. En sus ojos, en su voz. El tiempo, entonces, pareció detenerse. Como si la tierra fuera perdiendo energía mientras atraviesa el vacío de la región más solitaria del universo y yo me quedara en ese descampado para siempre. Cosa que, debo decirlo, no me hubiera molestado. Seguía la ciudad de nuevo, mi cuarto abandonado dándome la bienvenida, las preguntas y las mentiras, la comodidad de mi cama para siempre lacerada con las hileras de migrantes plácidamente dormidos en un pedazo mohoso de hule espuma; la mentira, seguía la mentira. El mundo de las mentiras, el mundo de los ciudadanos blancos y las aduanas, el mundo de los cocteles y la FIFA y los países ricos y los países en vías de desarrollo y los países repletos de jóvenes convencidos de que se han quedado sin país, y las discusiones políticas, la izquierda y la derecha con formalismos, corbatas y tecnicismos, lanzándose columnas de papelería en el congreso; el sonido de las impresoras ganando lugar en el espacio frente al sonido de las tripas que crujen o de cuerpos que impactan el suelo.

Seguía la universidad bajo el cielorraso y esas lámparas que parecen de laboratorio, como si todos los que trabajamos en los oficinas fuéramos en realidad especímenes numerados bajo las luces de un laboratorio y un hombre con bata blanca pusiera drogas en nuestros garrafones para mantenernos tecleando, tecleando, tecleando. Pero nuestras orejas se moverían casi imperceptiblemente hacia el sonido, el sonido que

se parece más bien al silencio que se esconde debajo de todo el ruido, el sonido puro de los pies descalzos sobre la tierra. Y nosotros entonces suspiraríamos, suspiraríamos.

Seguía la memoria sobreponiéndose a la realidad, horas de buscar escenas, de ver de nuevo las manos morenas, las vendas que cubren las heridas, de mirar de nuevo esos rostros y esas sombras, ver todo ahora saltando en la memoria, rebobinándose, yéndose hacia delante y hacia atrás; los sonidos del albergue: los pasos, las palabras, los rezos y las voces sollozantes, los perros que aúllan, el silbato del tren, la máquina haciendo combustión, los fierros de las vías recorridos por un eco metálico, y el ulular de la selva. Seguía la aprobación del mundo, colgarnos una estrella de luz rancia y suspirar aliviados y el *bueno ¿qué hacemos ahora?* Seguían las preguntas “¿Por qué, señor, por qué la gente sale de sus países? ¿No son felices allá? ¿Por qué, señor? ¿Por qué matan a los migrantes?”

Miré hacia el cielo y las preguntas irrumpieron en mi mente como un meteoro que cruza el cielo nocturno, un meteoro que se acerca a la tierra y llena de fuego la atmósfera y todos lo ven y saben que el final ha llegado.

Las luciérnagas seguían moviéndose en la oscuridad, el viento parecía hablar.

*Buenas noches mundo. Ha sido un gran viaje. Bienvenidos al final de las horas.*

## XX

Tocaba el terciopelo rojo de la colcha, encontraba figuras entre las manchas del espejo del techo, pero siempre terminaba

viéndome, viéndome a los ojos, viendo a mis ojos verdes mirarse a sí mismos y mirar también la boca abierta, las manos, mi piel distinta: quemada pero aún pálida, no la de siempre, no la de ése espejo brumoso del apartamento en Veracruz, ni la del espejo de marco de madera en Torreón, sino mi piel después del albergue en este motel perdido. Si ese hubiera sido un espejo mágico ¿qué me hubiera mostrado? ¿Qué hubiera visto?

Salí. El cielo estaba gris y brillante. Hacía calor. Sobre el asfalto había miles de charcos sobrevolados por mosquitos y demás insectos, que, junto con los que había escondidos en la pradera verde, interminablemente verde de Tabasco, ponían una vibración en el aire. Caminé hacia la recepción. Había una mujer. La reconocí de ayer en la noche, ya no llevaba vestido blanco ni maquillaje. Llevaba unos pants negros ajustados y una playera blanca y suelta que bajo la luz del sol dejaba traslucir su figura delgada. Estaba trapeando. Parecía recién bañada. Se había recogido su cabello oscuro en una trenza que llegaba hasta su cintura. Llevaba unos audífonos. Caminé hacia ella, me vio y se quitó un audífono que dejó escapar una canción: “...*voy desvelado / por estas calles esperando encontrar / a esa voz de ángel que quiero amar / dónde andará...*”

—¿Habrá un lugar aquí para desayunar? —le pregunté.

—Ay, no. Pero si quieres te preparo algo, mi vida.

Pensé en su padrote. Seguro le gustaba que le dijeran mi vida o mi amor o papi o papacito o corazón o cariño o nene o incluso hasta chiquitito. Tuve un escalofrío.

—¿De verdad? —dije.

—Sí, de verdad. Para esto estamos, güero. Ahorita te paso a buscar. Eres del 15, ¿verdad?

—Sí, muchas gracias. ¿Tu nombre...?

—María, me llamo María.

—Muchas gracias, María.

Al poco tiempo María tocó la puerta. Llevaba un delantal de cuadritos naranjas. Ya está, me dijo, pestañeándome sus ojos negros. Me llevó a la recepción y abrió una puerta que estaba al fondo. El cuarto olía a tierra. Había una pequeña estufa, una televisión, una mesa con mantel, platos, frijoles humeantes, huevo, y una bolsa con pan dulce. Me sirvió café en unas tazas de plástico, me pasó unos platos y se puso a calentar tortillas mientras reía con un programa de televisión. Un entrevistador les preguntaba a las mujeres que encontraba en las calles de la ciudad de México las partes del cuerpo que más les gustaban de los hombres. “Pompis”. “Brazos”. “Ay, su espalda ancha”. Y María reía quedito mientras volteaba una tortilla y se cuidaba de no quemarse las puntas de los dedos. No se veía de más de 25 años. “Qué mujer tan hermosa”, pensé. El programa de televisión terminó y empezó el noticiero de media mañana. El titular era la rebelión en Siria, el bombardeo sobre las ciudades. Cuando la imagen de los escombros y las víctimas apareció en la pantalla, María se quedó con los ojos bien abiertos y se acarició el brazo, como aliviando a un niño que llora. Pude oírla murmurar: “Ay, qué horror”.

Terminé el desayuno y me acerqué a pagarle.

—No, no, esto lo hice porque me caíste bien.

—Ten, María, es para ti. Tú también me caíste bien.

—No, güero, no se apure.

—No me apuro, toma.

Tenía las manos en la bolsa del delantal. Ahí puse el billete y la llave de mi habitación.

Perdóname, María, perdóname por sólo darte otro billete.

—Ya me voy.

—Qué vuelvas pronto —se rio quedito y miró hacia el azulejo verde del motel—. Qué te vaya bien.

—A ti también, María.

Salí y ella sonreía recargada en la puerta. Caminé hacia la central, miré hacia atrás, vi alejarse el motel hasta que lo perdí de vista.

Abordé el autobús, y de inmediato me quedé dormido.

Recuerdo ecos, sonidos, mi cabeza dormida moverse para todos lados y luego sentir el sol en mi cara; recuerdo el disco de Pacífico, *La Bella Época*, en mis audífonos. Recuerdo la caja del disco, su portada: *Bal au moulin du Gallette*. Guitarras, voces, “*cuando nos vimos / supimos que estábamos solos / muy solos / muy solos*”. Arpegios, flautas, un olor a tierra. Luces cortadas sobre mis párpados. Recuerdo pensar: “Son árboles”. Recuerdo que alguien abrió el vidrio y pensé oír el mar, pero era el inicio de una canción, una estela sin final: “*Hoy micros correrán / naves surcarán un camino de sal / sin final...*”. Recuerdo el cabello de una mujer tomar la forma del viento, recuerdo una montaña nevada en lo alto, recuerdo cañaverales interminables, recuerdo ver a unos campesinos incendiar la caña, recuerdo sus manos, sus brazos, sus pantalones, sus machetes tiznados y el fuego subir por las hojas de caña, hasta convertirlas en ceniza, ceniza que

flotaba hasta caer como una lluvia de plumas negras sobre toda la carretera, sobre todo el campo, hasta meterse por la ventana y quedarse en mi cabello.

Recuerdo

ORIZABA 25 KM

PUEBLA 168 KM

MÉXICO 290 KM

## XXI

Soñaba con Tenosique.

Soñaba con el pitido del tren. Soñaba que me despertaba el sonido del tren y me asomaba por mi departamento y lo veía acercarse, veía su pinche faro en la oscuridad del fondo de mi calle y saltaba de la cama y corría hacia las vías y veía las manos de todos los migrantes en el aire.

Pero no era para ayudarlos. Era para irme con ellos.

## XXIII

Cuando fui a despedirme de la Caravana —yo los alcancé en la Ciudad de México—, un joven guatemalteco se acercó a decirme algo:

—No me lo vas a creer, vos, pero ¿te acordás de la chamarrita azul que me diste en la bodega, la chamarrita a la que todos le hacían el feo?

—Sí —no me acordaba.

—Pues ya ve que allá abajo hace una pija de calor. Se calentaban de puta madre las láminas del tren. Los que iban conmigo se desesperaron, se sacaban la ropa extra, yo digo que atontados por el calor, y empezaron a aventarla, así nomás, la

aventaban al aire. Yo me les quedaba viendo y les decía que no lo hicieran pero no me hacían caso. Pensé en seguirlos, se me estaba quemando el culo allá arriba. Pero yo no me desesperé. Yo también iba arriba del tren, acostado sobre la lámina y no me desesperé. Me quedé con toda mi ropa, que la verdad pues no es mucha. Quién sabe dónde me di cuenta de que las noches iban haciéndose más frías. Me agarré fuerte de mi chamarrita. Por ahí se subieron unos cabrones a asaltar el tren. Nos gritaron que si no les dábamos nuestra plata nos iban a matar, a aventar del tren. Yo iba muy atrás del tren pero veía como se iban jodiendo a los demás. Igual no tenía plata. Pa pronto vi una montaña grandota, con nieve. Y se soltó un frío de mierda. El tren subía pegadito a la montaña. En la noche la perra lámina se llenaba de hielo. Unos nomás traían unas camisitas, se fueron poniendo morados hasta que de repente ya no estaban. Hasta los secuestradores nos dejaron. Eso o se murieron de frío. Yo no sé, yo me hacía bola con mi chamarra y me decía: voy a aguantar, voy a aguantar. Se me dormían las puntas de los dedos y pensaba que me iba a caer del tren. Pero no me caí. Pude llegar a Lecherías, ahí arriba de la Ciudad de México, y en el albergue de allá me enteré que había salido una caravana de Tenosique, y que cuando llegaron a Veracruz, el gobierno, para disimular tanta mierda que hacen, ya ve cómo son, les dieron unos camiones. Y me dijeron que ya estaban aquí en la Ciudad de México. Y pos heme aquí. Tu chamarrita me salvó la vida, hombre. Ahorita vamos a Los Pinos, a buscar al presidente. Mañana tempranito nos vamos con el Fray a San Luis, de ahí nos vamos, unos pa Tijuana con Fray Aurelio y otros pa Juárez. Vente.

—Yo ya regreso a Torreón. Se acabó mi tiempo como voluntario.

## XXVI

Escribo esto en la carretera, tratando de construir un puente. Escribo esto contra el olvido. Escribo esto, también, para engañar a la ansiedad, porque ya me incomoda estar siempre tan cómodo, porque después de Tenosique y de Amatlán ya no puedo ver el mundo y sentirme en calma —no en vano el lema extraoficial del Jesuit Volunteer Corps es una frase bella y terrible: *ruined for life*—, pero también escribo esto para luchar contra la oscuridad.

En este lugar del país no hay nada en las carreteras. Son rectas y están llenas de espejismos. Me gusta recorrerlas, pasar de nuevo por los pueblos abandonados del desierto, donde mi generación se encontró con el olvido y nunca pudo recuperarse. Me gusta ver aparecer las procesiones religiosas. Recuerdo una en especial, durante la semana santa. Mujeres caminaban por el borde de la carretera, vestidas de negro. Cargaban un féretro, sostenían velas y cantaban una canción sobre Cristo.

El país se extiende detrás de mí como una inmensa cola de dragón, y parece que nunca me termino de dejar ir. Recuerdo que pensé que iba a transformar el país. Siendo honesto, creo que hoy el país está peor que en el 2013. Me recuerdo: lleno de miedo, con el estómago flojo y un zumbido en la cabeza, con un montón de muertos delante de mí. Recuerdo un poema: *Me dejé ir, pensé que era una pena acabar tan pronto, pero por otra parte escuché aquella llamada misteriosa y*

*convinciente. O la escuchas o no la escuchas, y yo la escuché y casi me eché a llorar: un sonido terrible, nacido en el aire y en el mar. Un escudo y una espada. Entonces, pese al miedo, me dejé ir, puse mi mejilla junto a la mejilla de la muerte. Y me fue imposible cerrar los ojos y no ver aquel espectáculo extraño, lento y extraño, aunque empotrado en una realidad velocísima: miles de muchachos, como yo, lampiños o barbudos, pero latinoamericanos todos, juntando sus mejillas con la muerte.*

Pero nadie se arrepiente. Cuadros, trabajando en un albergue para niños en la sierra poblana y enfrentándose a pandillas, no se arrepiente. Fernando, viviendo en una comunidad escondida dentro de la sierra Tarahumara, llevando una niña enferma en brazos a un camino, para ver si alguien los ayuda, no se arrepiente. Alejandra, encontrándose con el asesinato de unos niños por su madre y sobreviviendo a aquello, no se arrepiente. Griselda, Victor, Samantha, Sol, Roberto, despidiéndose a diario de cada vez más migrantes, no se arrepienten. Sarahí y Paola, contando historias campesinas por una minúscula radio perdida en las montañas del norte de Veracruz, no se arrepienten. Antonella, mi compañera, compartiendo, como la mejor de las hijas, noche tras noche con una mujer que deseó pero no pudo ser madre, tampoco se arrepiente. Nadie se arrepiente. Volveríamos a estar ahí. A pesar de la depresión y las neurosis. A pesar de las heridas y la pobreza. No hay vuelta atrás. O la escuchas o no la escuchas, y nosotros la escuchamos.

Las noches aquí son oscuras, pero muy hermosas. Ahora en el auto sólo hay una luz: la pantalla de mi cámara. He pa-

sado la noche viendo mis fotos. Pero ahora me detuve a ver una que me tomó el Fray. Me veo feliz. Le he hecho zoom al horizonte, tratando de alcanzar la última montaña, y me he puesto a pensar. Pienso en mi madre, tendiendo la cama de mi habitación antes de mi llegada. Pienso en lo que se habrá quedado haciendo cuando me fui de casa. Pienso en las mujeres de los migrantes, en las cientos, miles de mujeres, repartidas en calma por toda América; en pueblos pegados al mar, viendo cómo el sol se oculta bajo el océano; riendo bajo la luz cálida de la cocina; peinando su cabello en habitaciones sucias, en restaurantes, en fábricas, en hospitales. Las mujeres en fotos dentro de las mochilas a las orillas de las vías del tren, las mujeres haciendo una promesa frente a la virgen de Guadalupe o de Suyapa, las mujeres que les cantan a sus hijos para consolarlos. Pienso en las mujeres en la memoria de la gente que recorre América de orilla a orilla, debajo del sol y de la luna, buscando entre los cañales, entre los crepúsculos, los maizales, los machetes y la ceniza, esa ceniza que caía sobre los prados; algo, una oportunidad de no sufrir, de encontrar el silencio. Porque ya es hora.

Ya es hora del silencio.



*Extremo sur*, obra de Andrés Guerrero, fue reimpresa en marzo de 2019 en los talleres de Groppe, en Guadalajara. La edición estuvo al cuidado del Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón y el autor.

**N**arrador agudo, Andrés sabe acumular situaciones salpicadas de detalles precisos y significativos. Como una cámara, registra todo lo que encuentra en el paneo y poco a poco, mediante su testimonio, nos adentramos en el mundo sofocante y carencia- do del sur mexicano en el que conviven miles de destinos arrojados a la vida sin mayor arma que la fe en salir bien librados, cada uno, de su tragedia individual que más bien es una tragedia colectiva. Con los sentidos y la sensibilidad abiertos, el obser- vador mira, oye, huele, toca, prueba y nos compar- te una experiencia viva, terriblemente crítica.

**ANDRÉS GUERRERO** (Durango, Dgo., 1995). Ha pu- blicado poesía y narrativa en las revistas *Acequias*, *La Rabia del Axolotl* y *Papeles de la Mancuspia*. Becario del Festival de Literatura Interfaz “Los Sig- nos en Movimiento” 2017, en la ciudad de Mon- terrey, Nuevo León. Exalumno de la Escuela Carlos Pereyra. Ingeniero ambiental por la Universidad Iberoamericana Torreón.